

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

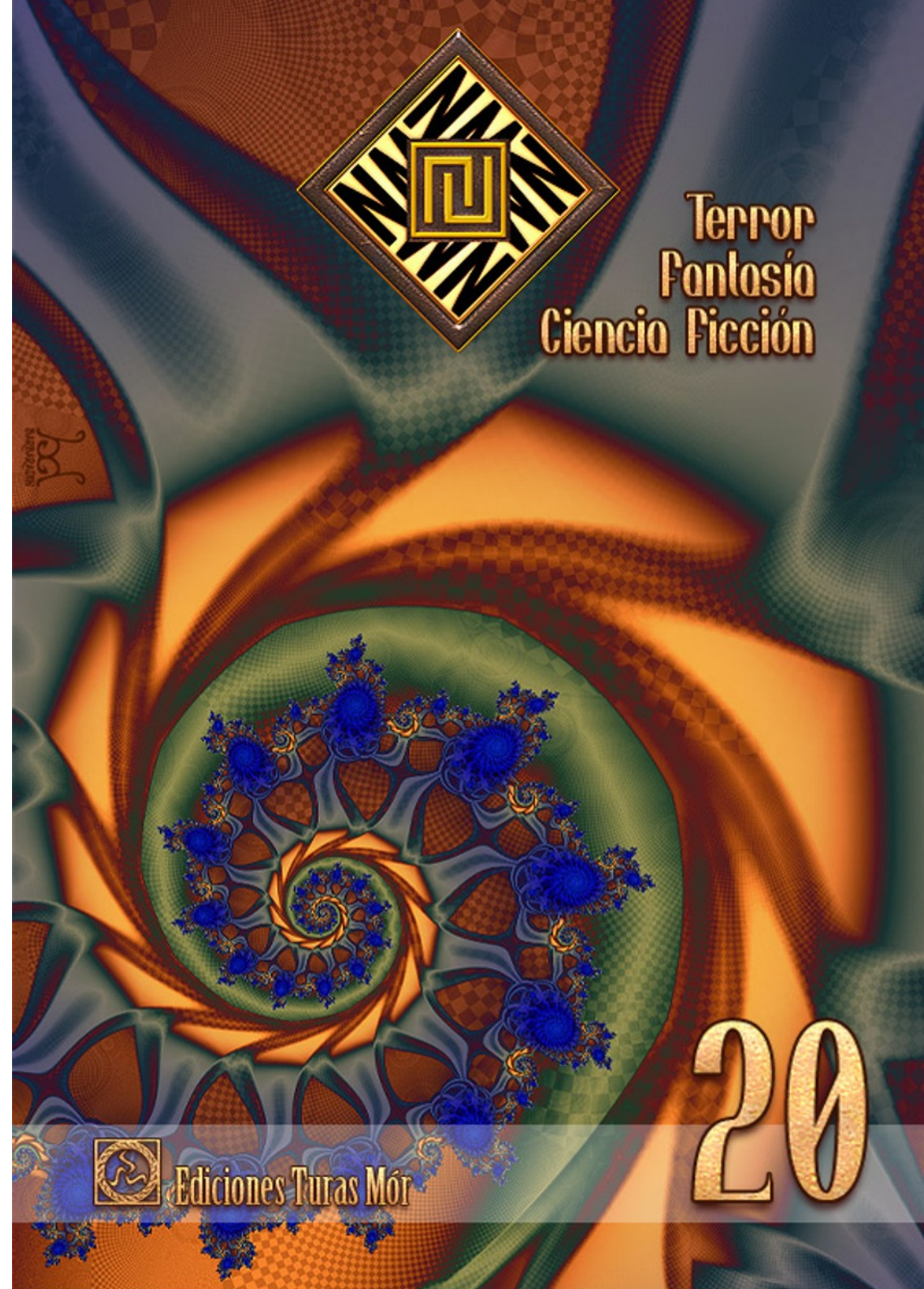
<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.





Contenido

Editorial	3
<i>La Perversión Fractal</i> (MAGNUS DAGON)	4
<i>Departamento 9</i> (CARLOS RANGEL SANTOS)	46
<i>Entrevista a Rosa</i> (ADRIÁN N. ESCUDERO)	48
<i>Cuestión ideológica</i> (YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET)	53
<i>Los Bicentenarios</i> (JUAN M. ALMADA)	55

NM

www.revistanm.com.ar
<https://sites.google.com/site/revistanm>
 directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
 dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honorem y los autores conservan
 la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de Ediciones **Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1104108944569

Se agradece por haber tomado parte en este número a: CLAUDIA CORTALEZZI,
 HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "*Imaginengine*"
 (BÁRBARA DIN —<http://barbaradin.blogspot.com>—)

16

Despierto. Mi cuerpo yace tirado en un vergel sitiado por una veintena de columnas totémicas. En derredor la arquitectura desoladora de la noche profunda. Los siento cercanos. Bailan dislocados; impecables artistas consagrados al culto de la destrucción, en un tráfigo nocturno hacia el fin de la noche eterna. Pedestales y podios, estatuas honoríficas, grandiosas moles gastadas, el hórrido deterioro, el brío oxidado de una época muerta. Están cerca pero me ignoran. Mi soledad es absoluta. No les represento ningún peligro; estoy a su merced. Apenas puedo moverme. Mi cuerpo pesa. Me arrastro hasta el inicio de

una escalinata que sube hacia un pedestal. Pienso subir y despeñarme; ya no soporto más. Subo. Desde arriba domino la visión. Ahí están los colosos; munificentes, totales. Ninguno me mira. Beben de la ubre; escupen espuma. Son bestias acérrimas. De pronto, lo inesperado: uno de ellos me mira; me grita algo. Siento terror, pero entiendo la orden perfectamente. Adopto una pose. Parece conformarlo porque se desentiende y vuelve al corro de bestias borrachas. Aquí me quedará a esperar la erupción de la luz, a que la curvatura elíptica del sol chamusque mis carnes y me ciegue para siempre.

© JUAN M. ALMADA, 2010.

JUAN MARCOS ALMADA
 (Argentina —Azul, 1976—)

Estudió Ciencias de la Comunicación. Conduce el programa *Acá no es*, por FM La Tribu, y produce los ciclos de literatura *Naranjas azules* y *Corrincho*. Está seleccionando textos para una antología de cuentos de box. Escribió las letras de las canciones del disco *Una niña y un jarrón rojo*, musicalizadas por JUAN SICARDI y JERÓNIMO NARANJO. Actúa y dirige teatro. Con dos novelas y una obra de teatro inéditas, obtuvo el 4° premio en el concurso Cuentos Rioplateados, con "Embocadura rota", y publicó "La plaqueta" en la revista *Gatillo*.



**AHORA TAMBIÉN PUEDE
 CONSEGUIRLAS POR:**



PAGOS CON TARJETA - ENVÍOS POR CORREO



Abro los ojos. No estoy solo. Escucho el bufido de una bestia, cercano. La respiración animal insiste. En la penumbra adivino el contorno andrajoso de un ser animaloide. Palpo otra vez la oscuridad hasta que algo se hace visible, un harapo contra un rincón. Le hablo pero no me contesta. Siento el estertor de su respiración asmática, jadeante. Reconozco el inconfundible olor nauseabundo de un derviche. Vuelvo a hablarle. Me contesta con un sonido gutural, gangoso; se queja y ríe a la vez. No tiene cabales. Nadie en su lugar los tendría. Ríe y se queja. Tal vez un dolor físico, que le dé placer a la vez que sufrimiento.

Temo por mi integridad. Me protejo contra el rincón opuesto. Mis tripas quejumbrosas se contraen de dolor. ¿Cuánto hace que no pruebo bocado? Pienso en su carne asada por el sol. Me asquea el pensamiento, pero vuelvo a él; no puedo erradicarlo con atisbos de moralidad. En mi estado nada puede importar; sólo la propia supervivencia. El harapo se arrastra sobre la laja porosa del piso del edículo subterráneo en el que estamos presos. Gime, jadea y ríe como una hiena herida, henchido de un placer que me parece abominable. Siento su aliento pútrido. Sus manos ásperas y obscenas me tocan. Trato de golpearlo, pero me toma las manos y me pone de boca contra el piso. Posee una fuerza descomunal, que parece de otro ser y no de ese atado de huesos y cuero curtido. Me lame con su lengua podrida. Chorrea su baba lustral por mi rostro. Desgarro la piedra del muro con mis manos; me arranco las uñas. Nada puedo hacer. Siento que me penetra con

fuerza; me incrusta una estalactita con violencia diabólica.

13

Despierto dolorido. Siento a mi lado el ronquido del derviche saciado. Pienso en matarlo, pero no poseo la fuerza. Tengo que tratar de salir de este lugar. En la próxima arremetida tratará de comerme. Ya me estuvo probando; tengo mordeduras en todo el cuerpo.

14

Pasé horas tranquilas. Me volví a dormir. Estoy solo; el derviche se ha ido o lo han trasladado. Tal vez esté sobre una peana, calcinándose al sol. Me es imposible escapar. Estoy dentro de un retículo lacrado; apenas si entran partículas de luz. Tal vez éste sea mi nicho; el cenotafio donde pasaré el resto de mis días, hasta que la herrumbre de la vejez me carcoma.

15

Otra vez la noche densa.

Escucho ruidos, gritos y el espantoso estrépito del desmoronamiento de la deconstrucción sobre mi cabeza. Mi vida pende de un hilo; tarde o temprano vendrán por mí. De eso estoy seguro. Los imagino correr de un lado a otro, enloquecidos. Hordas de sátiros y vándalos, destruyendo sus propias imágenes petrificadas, removiendo los cimientos, convirtiendo todo en escombros, masticando los terrones secos de una tierra muerta. El cansancio me derrumba.

En mayo, hace cinco años, surgió la idea de desarrollar esta publicación.

Veinte números después, puede decirse que el esfuerzo valió la pena, que las satisfacciones superan con creces todas las dificultades.

Por estas páginas han pasado antiguos conocidos y nuevos colaboradores. El camino se lo recorre en compañía de otras revistas amigas y cada página es un aporte más a la difusión de una nueva literatura fantástica (en el caso de **NM**, exclusivamente panhispánica) y es de esperar que la pujanza de esta corriente no decaiga nunca.

Este número aniversario tiene —como el primero— la lamentable particularidad de carecer de escritoras, así que los caballeros deberán conformarse con los cósmicos horrores de MAGNUS DAGON, el urbano terror de RANGEL SANTOS, el epistolar futuro de ESCUDERO —que participara en el nº 1—, la ideológica mitología de BETANCOURT DIPOTET y una tardía Recreación Bicentennial de ALMADA (para que no se diga que no hay nuevos autores).

Llega, entonces, el turno de ustedes. Disfruten, sin más, de la lectura, mientras esperan el próximo número.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.3. Las imágenes se trabajaron con XnView 1.97.8 y Gimp 2.6. La revista se armó con Serif PagePlus X5. Los archivos PDF se optimizaron con jPDFBookmarks 2.4.3, PDF-Xchange Viewer 2.0 y jPDFtweak 0.9.5.

LA PERVERSIÓN FRACTAL

MAGNUS DAGON

1

A la hora de contar los acontecimientos de esta historia, que sucedieron más o menos hará tres años, debo admitir que he tenido que hacer de tripas corazón y dejar de lado todos los miedos que me atenazan desde entonces, en especial cuando llega la hora de dormir y debo activar la alarma del despertador para que me avise al día siguiente. He pasado muchas noches en vela, completamente incapaz de cerrar siquiera los ojos, temiendo que ese mero gesto, a veces voluntario, a veces involuntario, provoque que mi mente, en vez de ofrecerme la placida y tranquila visión de una imagen negra sobre la que no se proyecta más que la necesidad de descansar de un largo día de trabajo, muestre las tenebrosas visiones que ya nunca podré desligar de mis recuerdos del pasado.

Pero es imperioso que hable cuanto antes, y que diga lo poco que sé, por escasamente objetivo que pueda parecer, y por fantástico que pueda resultar en ocasiones, a raíz de las nuevas obras del metro que se planean efectuar por el centro de Madrid, para comunicarlo de manera optimizada con otras zonas más próximas a la periferia. Poseo un gran respeto y admiración por el subterráneo de la que ha sido mi ciudad natal y también en la que he vivido muchos años. Soy consciente de que la fama de este servicio público es tan influyente que es considerado uno de los mejores metros de Europa y resulta ser pionero en muchas técnicas, no sólo vinculadas a los simuladores de conducción de trenes para la instrucción de los futuros conductores o las catenarias mejoradas que llegaron a ser patentadas y exportadas a todo el mundo, sino también

los pies y las manos entumidas. Transpiro un agua sucia, pegajosa y helada. Siento el vapor que exhalan las paredes, la incesante hemorragia de la piedra. El aire es vaporoso, casi irrespirable. Me siento sofocado. Encuentro una abertura. Bajo aún más por unas escalinatas gastadas. La humedad las hace peligrosas; debo concentrarme en cada paso si no quiero resbalar y caer estrepitosamente escaleras abajo. Me siento débil. Resbalo y en la desesperación del equilibrio me aferro a un pasamanos. Continúo, pero me siento desfallecer; la fiebre y el cansancio me aniquilan, pero trato de mantenerme en pie. Como puedo, llego hasta un corredor de piedra calcárea e intento recobrar el aliento. El pasillo es largo, oscuro.

Al fondo diviso la resolana. Camino hacia el resplandor. Tengo mucha sed. De las paredes cuelgan viejas lucernas apagadas. Tropiezo y caigo. Me raspo las rodillas; sangro. Temo que el olor de mi sangre atraiga alguna fiera. Continúo caminando hasta la salida. La luz es cada vez más intensa. Llego casi sin fuerzas. Salgo a un vergel interno, circular, sin techo. Hay diferentes puertas que lo penetran, puertas que darán, seguramente, a otros pasillos. Me siento víctima de un laberinto. El piso del vergel es de piedra triturada. En un rincón, por fin, una fuente. Me abalanzo. Caigo otra vez. Bebo; bebo sin respirar, desesperadamente. Trago ceniza hasta atragantarme. Una fuente seca. Mientras escupo la ceniza, inspecciono el lugar. No es un vergel, sino el respiradero de un crematorio. Lloro desconsoladamente.

La garganta seca, los pulmones llenos de ceniza; es el final. Muero.

12

Vuelvo en mí como si emergiese de un agua pantanosa. Me atraganto de aire malsano, de una humedad arenosa. Trato de forzar la vista para ver lo que me rodea. Una intensa oscuridad que sin embargo poco a poco se disipa. Veo a un palmo. Toco la pared a mi espalda. Me encuentro en una habitación de piedra, no muy grande. No veo que haya ninguna abertura. Estoy prisionero. A mis pies reconozco la ubre que beben los Bicentenarios. La agarro y sorbo. Mi sed es intensa. Es un líquido lechoso, caliente; su gusto salitroso no es capaz de apagar mi sed. Escucho ruidos, cosas que se arrastran sobre el techo de la habitación. Me guarezco contra una esquina, como si eso bastara. Si estoy aquí, significa que me han descubierto. En cualquier momento vendrán a buscarme, tal vez, para algún sacrificio o para comer mi carne cruda.

Vuelvo a beber de la ubre. La leche me adormece. Caigo en un sueño instantáneo, nebuloso. Un vértigo abstracto me envuelve; resabios tergiversados de mi pasado se entremezclan con imágenes oníricas. Se confunden mis malestares: náuseas, mareos, un dolor viejo, con su peso muerto; la torsión de todos mis deseos mochos, los muñones de mi gran frustración. Me veo a mí mismo, enterrado en un socavón oscuro, con el miedo intacto, desgarrándome por dentro.

8

Entro a una capilla vacía. Parecen haber arrancado las figuras de santos y mártires de sus sitiales. La capilla semeja más bien un edificio infernal. El altar partido al medio por un golpe de maza, los vitrales apedreados, los bancos hechos astilla. La cruz vacía, de la que seguramente arrancaron al Nazareno que cuelga en la entrada, ahorcado.

Los Bicentenarios son tenaces como hormigas. Trabajan lentamente, como la gota de agua que horada. Todo lo que tocan lo destruyen. No fallan; son un óxido, la herrumbre, el paso inexorable del tiempo que quieren negar.

9

Las ciudades son apenas un nombre que se ha borrado de la faz de la Tierra; algo incomprensible, abstracto, inadmisibles para las mentes idiotas que hoy pueblan los alrededores áridos.

Yo había leído sobre Babel, sobre Palmira, sobre Gomorra, sobre Ys. Había escuchado a estudiosos referirse a la Atlántida, a Ofir, a Tartessos, a Rungholt, a Tiahuanaco, a Cartago y a Manamatapa. Todas ciudades muertas, olvidadas, de las que sólo quedan restos arqueológicos pero ningún sobreviviente. Estoy frente a un museo viviente, en donde lo último que se quiere es recordar. Así y todo, el pasado gana cada día.

Ellos mismos se han convertido en la alegoría de aquello que quieren extirpar de su existir: el tiempo, la memoria. Sus ocren piel callosas

son tan pétreas como las estatuas que deforman concienzudamente. Los viejos iconos de épocas remotas son el único indicio del paso del tiempo. Nada pueden hacer en su contra. Su propio esmero los condena. Crearon un santuario del odio; saben que para olvidar el pasado tienen que edificar el presente sobre los cimientos de la memoria. Pero los Bicentenarios sólo saben destruir lo que deberían amar. Un error trascendental. Siempre les dolerán los pasos que dan sobre su propia historia, porque nadie escapa del pasado. Eso los atormenta. Noche a noche, frente a la estatua recoleta, los gritos no son otra cosa que tremendas lamentaciones proferidas a un destino que no les permite morir u olvidar.

10

Bajo hacía un rellano tapado de yuyos y arbustos. Detrás de unas matas secas puedo ver algo tenebroso y extremadamente significativo: centenares de Cristos mutilados, vírgenes y santos, unos sobre otros. Una masa amorfa de la que sobresalen extremidades, torsos, cabezas, como miles de náufragos a punto de ahogarse en las entrañas de un mar óseo.

11

Penetro un vano sin puerta, y entro a un recinto oscuro. Las paredes parecen de alabastro; es una oscuridad brillante, cegadora. Tal vez el sol mismo entre por alguna rendija y haga estallar en mil pedazos el verdadero significado de la luz. Hace frío; tengo

en términos de diseño abstracto y trazado de las líneas por medio de la teoría de grafos, lo que, como es lógico, a título personal me produce más orgullo que ningún otro logro. Pero estas obras de prolongación, que a simple vista resultarían ser muy provechosas para el núcleo urbano de Madrid, no deben proseguir bajo ninguna circunstancia. Es mucho lo que nos jugamos de continuar con ellas, ya que existen ciertas cosas que no deben ser descubiertas, y mucho menos estudiadas, por la acción o la mano del hombre. Sé que puede resultar insólito que yo, un científico, esté dando semejante opinión peregrina, cuando parece obvio que los sujetos como yo poseemos una curiosidad que nos impele a olvidar, en muchas ocasiones, toda prudencia en pro de un conocimiento que llenará de satisfacción a la humanidad por completo. Sólo espero que con este relato de mi testimonio logre infundir el mismo aliento de sensatez que a mí me faltó por el mero hecho de haber llegado tan lejos.

Mi nombre completo es Julián San Martín Téllez, aunque eso tampoco sea demasiado relevante en la historia que voy a contar. Tengo veintisiete años y en el momento en que sucedieron los hechos que estoy a punto de narrar tenía veinticuatro recién cumplidos. Nací en Madrid, como he comentado, y en Madrid realicé la educación general básica, los estudios de secundaria y la mayor parte de mis estudios universitarios. Me matriculé y licencié en la Universidad Complutense de Madrid, en la Fa-

cultad de Matemáticas, y mi especialidad es la matemática física, o aplicada, como cada uno prefiera llamarla. Entre mis compañeros de estudios soy considerado una suerte de hereje, o cuando menos traidor, por el hecho de haber abandonado la pureza de mi disciplina y de haberme rendido a modelos imperfectos elaborados por científicos con escaso sentido de la rigurosidad. Por otro lado, mis compañeros físicos dicen que muchas veces mi exagerado sentido de la precisión y mis conocimientos basados en un método deductivo, más que inductivo, resta utilidad a mis, por otro lado, concisos cálculos. De ese modo puede verse cómo estoy entre dos mundos que se odian y no se comprenden cuanto deberían estar colaborando entre sí para desentrañar los fascinantes misterios que la naturaleza ofrece a la ciencia, pero ésta es otra historia.

Al terminar la carrera decidí llevar a cabo estudios superiores de doctorado y, como no era nada fácil obtener financiación por aquel entonces, y más aún teniendo en cuenta mis notas, bastante decentes pero para nada brillantes, acabé aceptando una beca de investigación que me llevaría a Barcelona durante alrededor de cuatro años, lo que tardaría en completar el tercer ciclo de estudios, y acto seguido empezar a trabajar de inmediato en lo que sería mi tesis doctoral. Lo cierto es que no puede decirse que Barcelona sea una ciudad poco atractiva en absoluto, pues su exotismo y saber hacer arquitectónico y turístico no pasa inadvertido a todo aquel que ha visitado alguna vez la Ciudad Condal.

Pero Madrid era, para bien o para mal, mi verdadero hogar desde la infancia, y eso hacía que siempre tuviera cabida en mis recuerdos.

Por eso solía volver a la capital todo lo a menudo que podía, siempre en fechas señaladas, y a veces también en no señaladas. Al fin y al cabo, si algo tenía de bueno la investigación era que era dueño de mi propio horario. Durante las primeras visitas aprovechaba para ver a mis familiares y amigos, y de ese modo reanudar, al menos durante unas horas, la misma vida que había dejado temporalmente atrás. Pero había ocasiones en las que tenía que ir allí por motivos de trabajo —como congresos extraordinarios, por ejemplo—, siendo mi estancia en la ciudad de poco más de veinticuatro horas. Además de eso, tales sucesos podían coincidir muy fácilmente con un día de media semana, como un martes o un jueves, y por ese motivo no era capaz de quedar con nadie de mi entorno cercano en lo que estuviera allí.

En consecuencia, me empecé a aficionar a conocer más mi propia ciudad desde el otro lado, el del extranjero que va a pasar unos días —o unas horas— en ella. En realidad es algo que recomiendo a todo el mundo, porque no sólo le permite establecer un vínculo posiblemente perdido con su pasado, sino que también lo motiva a apreciar todas esas cosas que siempre estuvieron al alcance de su mano pero que para ver en ese momento tendría que invertir un tiempo valioso, cuando en el pasado hubo tardes enteras que podría haber aprovechado para ello.

Resulta lógico que, dado mi perfil académico, esos primeros ratos de turismo ocasional los invirtiera en visitar museos como el de Ciencias Naturales o el de la ciudad, y en explorar rincones menospreciados como el Parque Enrique Tierno Galván y el planetario que se encuentra resguardado en su interior. Las horas que he pasado en estos lugares han enriquecido, sin lugar a duda, mi ya notable bagaje científico y han contribuido de manera muy valiosa a aportar nuevos y originales enfoques a mis trabajos de investigación. Sin embargo, no tardé en desarrollar nuevos intereses, sobre todo de tipo artístico —más concretamente, arquitectónico—, y empecé a visitar ese otro Madrid que pocos aprecian, y es el de los edificios emblemáticos, los extensos bulevares y los verdes jardines llenos de exóticas especies. Desde el parque del Retiro al Museo del Prado, del Jardín Botánico al Teatro Real, empecé a conocer esa otra faceta cultural que siempre había estado ahí pero que nunca me había resultado ni remotamente atrayente cuando la tenía al alcance de la mano.

De más está decir que uno es humano y tiene sus preferencias, y en mi caso siempre he sentido una predilección especial por la época clásica grecorromana y sus civilizaciones contemporáneas. No sólo porque supusieron la cuna definitiva de mi disciplina, las matemáticas, sino también por el ambiente de misterio y misticismo que envuelve a esos años de la Historia que cada vez quedan más lejanos y de los que cada vez se investiga y conoce más, pero dando como resultado, paradójicamente, nuevas

son la huella del paso del tiempo, condensado en un odio sempiterno. Han destruido los símbolos pétreos de su pasado, toda la simbología que estaba hecha para perdurar.

Los Bicentenarios no son otra cosa que nefandos desterrados cuya condena consiste siempre en destruir el pasado que los acusa. Han perfeccionado una evolución destructiva, asumiendo una violencia elaborada. Se han encarnizado en efectuar reformas quirúrgicas en la piedra, con una furia demoledora, dotados de la paciencia que otorga el fracaso constante.

Salgo a un patio interno. Se abre adelante un camino de pedregullo. A los costados, a ambos flancos, columnas y pedestales sobre los que se posan unos derviches. Todos en perfecta quietud, como si fueran estatuas de piedra. Pero viven. Aquí abajo llegan los quejidos y el olor putrefacto de sus llagas.

Una vez más la voz de Vilumara: *Los derviches son monjes imitadores de estatuas. Émulos estatuarios roídos por el tiempo y la intemperie. Se suben a las peanas y allí se quedan, durante el día, pétreos, calcinados por el sol. Por la noche desaparecen.*

Al principio pensé que podrían advertir mi presencia, pero son ciegos. Sus cabezas, inclinadas levemente hacia arriba, miran de lleno al sol. La resolana a la que se exponen día a día les secó las cuencas de los ojos. Sus pieles están llenas de úlceras, de pústulas, de cicatrices y laceraciones. Muchos tienen las bocas abiertas, de

las que cuelgan largas lenguas hepáticas.

No son de la misma calaña que los Bicentenarios. Son desgarrados, escuálidos; apenas si se pueden mantener de pie sobre los pedestales que los sostienen. En cambio, los Bicentenarios son enormes, canos y barbados; colosales.

Entendí que los derviches no eran otra cosa que prisioneros de tribus aledañas a la necrópolis.

Me alejo de ellos. Paso por debajo de un arco y el camino se cierra en un socavón que se abre al costado de una torreta de piedra. Avanzo temeroso; no me gusta la idea de entrar a un lugar cerrado. Sobre una de las paredes veo una continuidad de bóvedas mortuorias. Custodiando las bóvedas se encuentran Serafines, Querubines y Tronos desfigurados por la maza y el cincel.

6

El cementerio está en ruinas. Muros descascarados, carcomidos por una lepra ancestral; lajas resquebrajadas; latente desmoronamiento. La piel de las estatuas se parece a la piel misma de los Bicentenarios. Estrías y grietas forman un mapa de arrugas que denotan la erosión del tiempo, el deterioro de la memoria, los estragos del odio.

7

Los Bicentenarios son nictálopes. Eso explica su desvelo nocturno; su insomnio. Que puedan manipular objetos en la noche cerrada.

gigantesca estatua recoleta de algún antiguo caudillo libertario. El agua de lluvia la ha tomado verde, un verde fosforescente que brilla bajo los penetrantes haces de la luna. Beben algo de una ubre. Comienzan a gritar desgañitados, despotrican desaforados, llenos de aborrecimiento; imprecan hacia el cielo profiriendo maldiciones y cantando lo que parecen ser añejos himnos bélicos. Sus alaridos son más bien guturales, pero están cargados de ira y de amenaza.

Tal vez sueñen con la redención o con la muerte.

Ese líquido los pierde. Unos se pelean hasta el agotamiento, otros se sodomizan entre sí. Antes de que algún rayo de sol brille en el horizonte, desaparecen por entre grietas, socavones y cuevas. Algunos moran en los mausoleos o se meten directamente en las tumbas. Es lógico; lo he podido comprobar en carne propia: el sol es lacerante, abrasivo; ninguna piel puede soportarlo en el cenit. Ni siquiera los cueros gastados y secos de los viejos Bicentenarios.

4

Hoy pienso adentrarme, por fin.

Me cubro el cuerpo con barro y salgo al sol matutino. Tal vez muera por tapar mis poros con este barro bronceado, pero al menos mi piel no se llagará. Es la única posibilidad que tengo; mis ropas, hechas jirones putrefactos, serían pulverizadas por el sol ni bien las tocara. Embadumado, bajo por el reseco sendero ondulado. La picada en declive se abre a un camino de piedra escalonada que

baja hasta la fosa en la que está emplazado el cementerio. El aire es espeso, casi sólido.

5

En la entrada de la necrópolis cuatro columnas sostienen un friso sobre el que se montan las estatuas de cuatro querubines con la cabeza destrozada. De él penden unas cadenas oxidadas de las que cuelga, ahorcado, un Cristo manco. La imagen es aterradora. Con ese hecho los Bicentenarios han querido negar, tal vez, la crucifixión.

Paso por debajo del Cristo ahorcado; oscila levemente. La calle principal está empedrada. Descubro, en uno de los costados, una escalinata que baja hacia una gran fosa. Está bordeada por pequeñas torretas donde se yerguen diminutos demonios deformados. La enceguecedora luz solar le da a la piedra un reflejo adamantino; la roca argenta brilla hasta encandilarme. Todo es imponente. Penetro una exedra marmórea; es la entrada a un retículo oscuro, techado. La fachada, a simple vista, parece sepulcral. Por unos pequeños orificios trabajados en la piedra entran diminutos estiletes de luz granulada. Dentro del retículo, lo impetuosamente. Sobre unos pilares se alzan estatuas de héroes desnudos, capados; les han arrancado de cuajo los testículos y los miembros viriles.

El retículo no es otra cosa que un sagrario, donde la solemnidad putrefacta da cuenta de la patología de los Bicentenarios: destruir todo lo que remita al pasado ancestral. Impertérritos, los héroes capones

preguntas más acuciantes a medida que se responden las anteriores.

De ese modo un día llegó a mi conocimiento la existencia insólita de un templo egipcio en pleno centro de la ciudad. Respondía al nombre del Templo de Debod, y había sido trasladado cerca de la Plaza de España, concretamente en el Parque de la Montaña, una zona aledaña al Parque del Oeste y próxima al Paseo del Pintor Rosales. Dicho templo no había sido edificado originariamente en España, ni mucho menos. Si bien los romanos dejaron una huella profunda en nuestra cultura y llenaron la Península de huellas de su presencia, los egipcios, al menos que yo sepa, nunca habían siquiera edificado un solo edificio en nuestras tierras. En eso eran incluso superados por los griegos, que como único testigo de su paso por la península dejaron la colonia de Ampurias, de la que apenas se conserva un solo edificio en pie y no quedan más que ruinas de lo que fue una gran civilización que tenía mucho de filósofa y más bien poco de conquistadora.

El Templo de Debod estaba situado en la localidad que llevaba su mismo nombre, a orillas del río Nilo, muy próximo a la Primera Catarata. Toda la zona estaba llena de templos edificados en torno a los sinuosos meandros del río, y correspondía a la Baja Nubia, lugar donde, entre otros, se alzaba y sigue alzando el mítico y conocido Templo de Abu Simbel. Fue edificado alrededor de dos mil años atrás; unos dos mil doscientos, para ser más preciso. Su núcleo más antiguo fue erigido bajo el mandato

del rey egipcio Ptolomeo IV Filópator, y decorado posteriormente por el rey nubio Adijalamani de Meroe, dedicado a Amón de Debod e Isis. Más tarde sufrió añadidos de la época ptolemaica y romano imperial.

El Templo formaba parte del santuario de la diosa Isis, que estaba localizado algo más al Norte, y estaba consagrado al culto al dios Amón, aunque también adoraba a muchas otras divinidades, algunas de ellas de naturaleza desconocida. Más adelante, a riesgo de ser tomado por loco, regresaré a esta idea de las divinidades *desconocidas*.

Conviene que hable un poco acerca de las circunstancias que rodearon al emplazamiento original del templo y cómo pudo ser posible que se juntaran tantos aposentos sagrados en tan poco espacio. A riesgo de enfurecer a muchos egiptólogos, pronto echaré por tierra las suposiciones que dicen que todo se debe a la existencia de una capilla fechada en una época cercana a la del Imperio Medio. Por otro lado, deseo hacer hincapié en el hecho de que nuevamente se desconoce a qué divinidad se adoraba en esa capilla, aunque parece ser que se podían tratar de Jnum y Satis, que son dioses de la Primera Catarata. Creo poder afirmar que he resuelto el misterio al respecto; algo más que sorprendente, dada mi aparentemente lejana condición de matemático para con una disciplina tal como la arqueología, pero me he puesto en contacto con algunos conocidos más versados en filología clásica que yo y parecen corroborar que mis sospechas no son en absoluto infundadas.

Resulta notable el hecho de que los propios madrileños apenas poseen interés en visitar el Templo de Debod. Muchos de ellos ni siquiera conocen de su existencia y a otros no se les provocó el interés suficiente como para ver en él más que un conjunto de piedras gastadas. Teniendo en cuenta además que su cesión a España fue algo más que complicada y controvertida, cabe preguntarse si tanto esfuerzo por acoger una muestra de una cultura por completo ajena a la nuestra llegó a merecer realmente la pena, dado lo poco apreciada que ha sido hasta ahora.

Lo cierto era que hasta ese momento tampoco me había importado demasiado ni siquiera a mí. Y lo más inaceptable por mi parte era que siempre había manifestado interés por esa época del pasado, además de conocer la existencia del templo, lo que convertía el hecho de que nunca antes lo hubiera visitado en una muestra de vaguería o, en el mejor de los casos, de dejadez.

Pero finalmente aproveché un congreso de tres días para asomarme por allí y enmendar así mi imperdonable error. Antes de presentarme de improviso me informé por Internet de que era necesario llamar para solicitar día y hora de visita, y no pude por más que sentirme desilusionado cuando me dijeron por teléfono que podía ir el día que quisiera dentro del horario habitual, y que no tendría que pagar nada por estar en su interior. Básicamente, me estaban dando a entender que por allí apenas pasaba nadie.

Después del primer día de conferencias y de escuchar a otros colegas

físicos y matemáticos hablar de disciplinas y teorías que no lograba entender del todo —y, probablemente, ellos tampoco—, decidí hacer una escapada turística para ver el templo y saciar mi curiosidad acerca del hecho de poder tener ante mí, de manera insólita, un portentoso edificio de la cultura egipcia, sin tener que poner siquiera un pie en el continente de África.

Como ya comenté, el Templo de Debod estaba situado en el Parque de la Montaña, en la zona trasera a la Plaza de España, en lo alto de una colina desde cuyo mirador puede disfrutarse de una magnífica vista de gran parte de la ciudad, incluyendo la gigantesca Casa de Campo e incluso la montaña rusa del no demasiado concurrido parque de atracciones. Nada más llegar pensé que el lugar era, estratégicamente hablando, una posición interesante y, como para confirmar mis sospechas, no tardé en enterarme de que allí había estado instalado el llamado Cuartel de la Montaña, en el que se produjo, durante la Guerra Civil, uno de los episodios más sangrientos de aquellos ya de por sí convulsos años.

Comencé a pasear por la zona, una vez que subí la larga escalera de inseguros peldaños de madera que me dejaba en un flanco de la colina, y comprobé que parte del entorno había sufrido, sin lugar a duda, un proceso de mimetización para acomodar mejor el templo a su entorno. Había palmeras y otra clase de vegetación que podía traer lejanos recuerdos del desierto, si bien el hecho de que estuviera completamente parcelada

una cisterna. He llegado a tal punto que desconfío hasta de lo que ven mis ojos. Tengo que entrar y ver si no me engaño.

El constante consumo de raíces e insectos me está matando. Cada día sufro nuevas fiebres alucinantes que pierden mi razón. Debo conseguir algún otro alimento. Debo conseguir algo para beber. Salir al desierto no es una posibilidad. Moriría calcinado o destrozado por algún animal, o cautivo de otra tribu. Ya no me basta observarlos de lejos, a escondidas. Tengo que entrar en su territorio y robarles lo que tengan. No veo escapatoria; es eso o la muerte por inanición.

3

Hace días que espero el momento adecuado.

Estudio todos sus movimientos. La repetición constante de sus actos por dos centurias los ha hecho rutinarios y, por lo tanto, predecibles. Son viejos autómatas obedeciendo un ritmo interno compartido. Uno es el calco del otro y el otro se parece a otro, y ése a otro, y así, hasta conformar una sociedad monótona.

No hay mujeres ni niños. Una patria sin descendencia. Los Bicentenarios están condenados a desaparecer, si es que logran morir. Se dice de ellos que son inmortales. Tal vez no lo sean, sino sólo longevos; la progenie decadente de una estirpe matusalénica.

Recuerdo otra vez, como un eco sibilante, la voz de Vilumara: *Han*

renunciado a la memoria y a la conmemoración. Quieren olvidar, pero no pueden; el pasado los domina. Entonces se refugian en el cementerio y horadan, noche a noche, las figuras de aquellos héroes antepasados que forjaron el suelo por el que hoy arrastran sus pesados pasos. En las tumbas sólo hay polvo del tiempo. Las grandes estatuas de los númenes de su patria les machacan un destino negado. Son potentes guerreros sin guerra que luchan cada noche contra un ejército de piedra.

Desde la distancia pude observar que existen diferentes castas jerárquicas.

En la necrópolis, a simple vista, parece gobernar el caos, pero —muy por el contrario— cada uno tiene una tarea específica y la cumple noche tras noche.

Los colosos se ocupan del traslado de las estatuas. Desde mi improvisada atalaya puedo ver sus acromegálicas figuras cargar sobre las espaldas copias exactas de sí mismos.

Los deconstructores trabajan las figuras, combinando troncos de unas con cabezas de otras. Se encargan también de gastar las placas y las lápidas, con el objeto de borrar los nombres de los insignes antepasados enterrados en ese cementerio. Todos, sin excepción, están deformados y son ciegos. Para el desgaste de las placas manipulan un líquido humeante; seguramente algún tipo de ácido que les ha quemado la vista, parte del rostro y las manos.

Ya muy entrada la madrugada, los colosos se reúnen junto a una

sin rostro y los Mondragones; sobre los Mártires sangrantes, sobre los Pirómanos en carne viva; sobre los Centuriones bifrontes y los Negroides; sobre los Bicentenarios; sobre las Biogordas; sobre las Uteranas con sus fetos nonatos en el vientre.

No sé cuánto hace que ambulo por los caminos resecos y me oculto en cuevas. Llegó el momento de enfrentarme con mis miedos. Ya no soporto la soledad. Necesito encontrarme con algo, aunque eso me cueste la vida.

Camino un largo trecho bajo la penetrante oscuridad nocturna. Los alaridos se repiten constantemente. Cada vez más cercanos. Hacia ellos me lleva la inercia que me mueve.

2

Duermo de día. En esta franja el sol es ardiente, imposible de soportar. Ni bien amanece trato de encontrar algún lugar donde guarecerme; cavo con mis manos un lecho fresco y allí me tiro a descansar, para luego, ni bien baje el sol, seguir camino hacia el griterío. Cada noche los oigo más cercanos, casi internos, desgarrándome por dentro, como latidos de un corazón gangrenado.

Una mañana, no recuerdo cuál —todas son iguales y tal vez la repetición no sea otra cosa que partes de un mismo día interminable—, protegido del sol en el interior de una cueva, divisé un murallón y, por encima, figuras grises y verdosas, recortadas contra el cielo límpido: la necrópolis de los Bicentenarios. No cabía duda.

Cuando el sol atardeció, trepando ásperas rocas volcánicas, me acerqué lo más que pude. Una hondonada me resguardaba. Efectivamente se trataba de un viejo cementerio, repleto de estatuas y monumentos: pirámides trucas, mausoleos, bóvedas, criptas, panteones. El aliento nocturno era insoportable. Deseé tocar el frío marmóreo de las tumbas, recostarme a su vera sombría.

Me parecía escuchar la voz callosa de Vilumara, uno de los viejos tau-maturgos, describiendo la necrópolis y el comportamiento de los Bicentenarios: *Son una tribu de profanadores, perdularios, iconoclastas y sodomitas. Seres colosales, longevos, que arrastran estatuas derruidas de un lado al otro de la necrópolis. Ésa es su ocupación y su razón de ser.*

Cuando la oscuridad se vuelve absoluta, me acerco lo más que puedo, y adivino sus sombras siniestras trazar de un lado a otro, cargando enormes bloques de piedra.

Desde hace unos días me guarezco en una cueva, algo lejana a la necrópolis. Al igual que los Bicentenarios, duermo de día y salgo de noche. Me alimento de raíces y de insectos. No hay mucho más. No sé de dónde sacan la carne que les veo comer. No quiero pensar en posibilidades. Lo cierto es que no he visto animales cerca. Tal vez algunos pájaros nocturnos que han perdido el rumbo. Pensar en la antropofagia me da terror. De todas maneras necesito comer alguna cosa. Tal vez tengan agua en algún lugar. A lo lejos, contra lo que parece ser un paredón, pude divisar o imaginar

hacia que pareciera que uno estaba dentro de una maqueta a medio construir. Había varios policías ecuestres andando por la zona, y eso me hizo preguntarme cómo habían logrado subir con caballos y todo hasta tan alto. Muchas personas paseaban con el perro, más de las habituales en otro parque de similares características, y en general el lugar parecía estar bastante vivo. Había adolescentes arremolinados alrededor de un banco, como si fuese la sede de su jerarquía de grupo; parejas dándose el lote en la hierba; turistas asomados al mirador y maravillándose de todo el verde que les regalaba el horizonte. La fauna típica de estos lugares.

No tardé mucho en encontrarme de frente con el templo, pues era el eje alrededor del que discurrían todos los elementos anteriores, personas incluidas, como si se tratase de un cosmos en miniatura e hiciera el papel de astro solar. Estaba orientado de Este a Oeste, supuse que para conservar la misma disposición que tuvo en su emplazamiento original, y colocado sobre una plataforma pétrea que a su vez era rodeada por un pequeño lago de sólo un palmo de profundidad. Exteriormente se componía de una nave central y dos portones de acceso, aunque la manera moderna de acceder a su interior era a través de una verja lateral y no pasando por debajo de dichas entradas, que luego supe que se llamaban “pilonos”. Podía verse a simple vista la diferencia cromática entre ciertos tipos de piedras que lo componían, debido a que la pérdida o degradación de muchos de los bloques obligó a que tuvieran que

ser reemplazados para poder reconstruir la forma primigenia del templo. Los bloques utilizados eran de roca salmantina, que se mezcló con la ya preexistente arenisca y dieron forma definitiva al monumento, a partir de aquel entonces, en el parque.

El traslado del templo se debió principalmente al hecho de que en los años sesenta, tras la construcción de la presa de Asuán, el Templo de Debod y otros de su mismo tipo pasaban alrededor de nueve meses al año inundados bajo las aguas del protolago recién creado, por lo que su alarmante degradación, sobre todo cromática y estructural, hizo que estos templos fueran desmontados por una misión arqueológica polaca. Para ponerlos a salvo, el gobierno egipcio hizo un llamamiento a los países que quisieran acogerlos y de ese modo, tras complicados acuerdos diplomáticos, el Templo de Debod pasó a formar parte de Madrid. Otros países que contribuyeron al salvamento de tan importante patrimonio de la humanidad se convirtieron en sede improvisada de templos próximos a éste; de ese modo, Estados Unidos acogió el Templo de Dendur (en el Museo Metropolitano de Nueva York), Ellesiya en Italia, concretamente la ciudad de Turín, y Taffa en Holanda. Este dato, si bien puede resultar curioso, no resulta para nada arbitrario y anecdótico, y volveré a él más adelante, porque es de la mayor importancia poner sobre aviso a todas estas poblaciones.

La forma del templo sería simétrica, de no ser por la construcción de un saliente anexo en la fachada sur, cuya función actual es desconocida. Ini-

cialmente se creía que era un *mammisi*, lugar donde la diosa a la que se veneraba un templo daba a luz, para ulterior misterio de sus creyentes egipcios y nubios, pero al parecer, por lo que pude leer más tarde, estudios recientes creen que se puede descartar casi por completo dicha hipótesis. Estos años, y sobre todo infinitas noches en vela desde estos acontecimientos, me han hecho reflexionar de manera continua sobre una teoría alternativa, que apenas me atrevo a susurrar en voz baja, sobre qué era lo que se adoraba en aquella sala y a lo que estos fieles de hace más de dos mil años consideraban un *nacimiento divino*.

El templo fue construido por medio de un complejo sistema de superposición continua de capas y salas. Ya sobre el emplazamiento primigenio del templo se encontraban los restos de un edificio cultural ramésida, por lo que, si bien creo que el inicio de todo lo que acabó por poner a prueba mi cordura proviene del Imperio Medio, allá por el año 200 a. C., podría ocurrir que su origen fuera aún más primitivo, y tal vez de épocas de las que ni siquiera se conserva historia alguna, ya sea en forma de papiro, pergamino o tradición oral. La historia oficial dice que el rey nubio Adijalamani de Meroe mandó construir una capilla en honor al dios Amón de Debod, si bien estudios más recientes parecen añadir ciertos matices a la orden real, debido a que por aquella época se produjo un violento corrimiento de tierras que asoló gran parte de la región, por lo que puede pensarse que el motivo de que existieran tantos templos por la zona se

debe a los desesperados intentos de pacificación de los dioses imperantes en las supersticiosas mentes de aquel entonces. Este dato hace todo más inquietante a la luz de los descubrimientos que hice por mí mismo y, si lo sumamos al hecho de que en el 1868 hubo un terremoto en la zona, el resultado es que debemos estar alerta ante semejante círculo cerrado de los acontecimientos, que para nada es fruto del azar ni de los designios de un universo de leyes caóticas y caprichosas.

Esta capilla inicial, conocida, como es obvio, como Capilla de Adijalamani, fue el primer emplazamiento del templo que visité, si descontamos su propia antesala, reconvertida en vestíbulo turístico. Un sorprendente capricho geométrico hizo que aquello que desde fuera parecía ser apenas poco más que una sala diáfana y abierta se convirtiera por dentro, una vez que pude verlo con mis propios ojos, en un laberinto de pasillos estrechos y angostos. De hecho, aunque lo primero que hice fue avanzar a esta sección del templo, pude observar de reojo que había unas escaleras de acceso a la zona superior tan estrechas que a ciertas personas de compleción gruesa les hubiera sido muy difícil subir por ellas, a menos que caminaran —no sin ciertas dificultades— de lado al avanzar.

Los otros dos detalles que recuerdo con más viveza de esa visita fueron un asfixiante calor, a pesar de estar aún en pleno febrero, y una inquietante oscuridad en muchas salas de su interior, como si quienes estábamos en él —apenas un par de turistas,

1

Me alejo de la ciudad devastada; perdido, deambulo.

La zona circundante es inhóspita: ondulaciones, mesetas, cuevas y grutas. Ni un árbol que dé sombra, ni un yuyo verde que masticar.

Me interno en un lodazal. Pesadamente puedo trasponerlo y subo por un camino que parece conducir a la cumbre de una sierra. Desde allí sólo puedo ver desolación. Campos yermos, ruinas humeantes. Mi ciudad: lejana, ajena, imposible. Tengo la certeza de que toda mi estirpe se ha extinguido. Sin fuerzas, me meto a una cueva y duermo durante días.

Despierto muerto de frío, con hambre y sed. Como insectos, gusanos; trago barro húmedo. Vuelvo a sumirme en el barrial.

Llegó la noche; me acuesto a la intemperie, de cara al cielo pardo.

Me despiertan unos alaridos distantes. Pienso en animales salvajes en busca de carne. Encuentro una cueva allende una gran loma. Todas las noches están pobladas de gritos y aullidos. Una fiebre me impide continuar ambulando. Me siento débil; tengo mucho temor.

Oí, tiempo atrás, que fuera de la ciudad existen tribus de diferente calaña. Por eso la ciudad prosperó rodeada de una alta muralla protectora. Nadie nunca pudo ver a ninguno de los seres que describían los viejos taumaturgos. Todos los encomenderos y adelantados que salieron de la protección de las murallas jamás volvieron. Nos guiábamos por el misterio y la conjetura.

Los viejos contaban historias sobre los Protohombres; sobre los Telépatas

que contenía la pintura de una joven de cabello de azulosa negrura y aire angelical y un unicornio, rodeados por un bosque de verdor desvaído, y continuó:

—La costumbre de atraparlos mediante mujeres vírgenes apuntalaba la posición de los que apoyaban el tabú sobre el libre disfrute del sexo, pues, vaya usted a saber por qué, lo cierto es que los unicornios sólo se acercaban a jóvenes sexualmente maduras que no hubiesen

tenido contacto íntimo. Eso fortalecía el mito de la existencia de mujeres puras y mujeres impuras. Por eso, la consolidación de las organizaciones feministas a mediados del xx significó, inexorablemente, la condena a muerte de esos bichos —sentenció y fijó la vista en la pintura, donde la joven, manchada de sangre, destrozaba con un martillo el cuerno del unicornio moribundo.

© YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET, 2010.



YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET
(Cuba —Yaguajay, Sancti Spiritus, 1976—)

Actualmente reside en La Habana. Sociólogo y profesor universitario, en **NM 17** publicó “Cuentapena”. También colaboró en **Axxón**, **La Isla en Peso**, **La Jiribilla**, **Cubaliteraria** y **miNatura**.

un vigilante, los encargados y yo— fuésemos los primeros exploradores del lugar y acabáramos de encontrarlo tras un lento y peligroso navegar por las siempre traicioneras aguas del Nilo, sobre todo en época de crecidas. En su momento supuse que la mezcla de todos estos factores contribuyó al funesto desenlace que dio lugar a esta visita, pero ahora empiezo a dudarlo. De todos modos, no faltará mucho para narrarlo, por lo que cada uno podrá extraer sus propias conclusiones al respecto.

La capilla era, como las otras estancias del templo, muy estrecha, y estaba plagada de bajorrelieves y jeroglíficos, algunos de ellos de una legibilidad más que sorprendente, teniendo en cuenta lo acostumbrados que nos tienen en las películas y series a los murales en deplorable estado de conservación. Estaba muy oscura, y era aún más calurosa que la antesala de la que provenía. Tal era la oscuridad que había que apretar una serie de botones que iluminaban el correspondiente bajorrelieve que uno quería ver en cada ocasión.

La mayor parte de ellos consistían en ofrendas de Adijalamani al dios Amón, sobre todo alimentos y bebidas, aunque también había entregas a otros dioses, como Isis, que llegó a desplazar a Amón como divinidad central del templo, Hathor, Horus y Apset. De todos ellos el más llamativo, por intrigante, era el que mostraba al dios mortal ofrendando a una diosa cuya efigie deteriorada se había perdido para siempre, como ya comenté. A la luz de los nuevos datos que obtuve,

cuya obtención resultará poco menos que increíble, una vez que la conozcan a su debido tiempo, creo estar en condiciones de asegurar que esa diosa misteriosa, que resulta ser la misma a la que está consagrada la asimétrica sala del templo, no es tal diosa, y simplemente fue humanizada con cuerpo de mujer, debido a la creencia egipcia de que sólo estas diosas eran capaces de otorgar vida. Pero, como he aprendido por desgracia en estos años, hay sobre la superficie de nuestro mundo mucho más de lo que inicialmente nos hubiéramos atrevido a aventurar.

Después de eso llegué a la minúscula antesala del *naos*, que conectaba con las tres salas principales del templo. Su tamaño era minúsculo, igual que su contenido, pues estaba completamente vacía, como si sólo poseyera la función de ser un pasillo. Si bien allí hacía menos calor, la oscuridad en la celda era mucho mayor, tanto que, cuando torcí a la derecha para entrar en la cripta Norte, un haz de luz que se filtraba cual iluminación de persiana me cegó momentáneamente y me recordó que afuera había todo un mundo.

La cripta estaba igualmente vacía y pronto pude comprobar, a partir de unos mensajes proyectados en la pared, que, propiamente dicho, en sí era una horadación en el muro, donde se dejaba alimentos a los dioses para su sustento divino. Cuando salí de nuevo a la antesala y me encaminé hacia la cripta contraria, pude comprobar que la simetría se cumplía de manera escrupulosa y ante mí encontré una réplica especular de la sala anterior.

La sala de los *naoi*, que correspondía al único camino de la antesala que me quedaba por recorrer, contenía el único *naos* que se conservaba del templo, pues hubo otro anterior, que fue completamente destruido en el siglo XIX.

Salí otra vez al vestíbulo, que finalmente supe que en la Antigüedad se llamaba “pronaos hipóstilo”, y me encaminé hacia el *mammisi*, la sala exterior que rompía la simetría de la planta baja. Allí no había mucho más que ver; sólo un trozo de los pilonos exteriores, muy degradado, por lo que había sido imposible colocarlo en el lugar que le correspondía, presidiendo la entrada del conjunto.

Ya sólo me quedaba por visitar, finalmente, la planta superior. Me acerqué a las escaleras y, apenas al poner un pie en ellas, noté que un pasillo extremadamente oscuro se destacaba a su derecha. Por un momento me quedé mirándolo fijamente, preguntándome cómo era que no se hablaba nada de aquella sección, pero como sea que estaba indeciso, y en mitad de ninguna parte, seguí subiendo y dejé para más tarde la investigación de ese lugar.

Después de subir alrededor de veinte escalones de madera estrechos e incómodos, noté que la escalera se bifurcaba casi al llegar al final. Decidí seguir recto y entré en una sala donde había una maqueta del templo en sus días de máximo esplendor. Si bien la forma de la estructura central apenas había cambiado, no podía decir lo mismo de los dos accesos exteriores. Ya no eran simples

arcos desgastados y apartados en medio de ninguna parte, sino dos robustos muros que constituían, de hecho, la única manera posible de acceder al interior del templo. En la maqueta, en efecto, se veía una procesión de figuras en miniatura transportando la estatua de un dios que me resultó imposible identificar.

El otro camino llevaba a una especie de museo superior y, al mirar al techo, comprendí que toda esa parte estaba inicialmente al aire libre en la construcción original. Había varias piezas en restauración, así como frisos y otros jeroglíficos tan deteriorados que no podían ser expuestos sin una vitrina de por medio. Al fondo se podían ver puntos de navegación, así como una reconstrucción proyectada, paso a paso, de la capilla central y cómo el resto de las salas se fueron anexando con la llegada de nuevos reyes y culturas, como la romana, con la incorporación de Egipto a su imperio.

Lo que más me llamó la atención, sin embargo, no fue ninguna pieza de exhibición, sino una descomunal maqueta que representaba toda la zona de la Baja Nubia, con sus templos y su ubicación original. Allí estaban no sólo el Templo de Debod, sino también todos los que he mencionado anteriormente, además de Abu Simbel, el primero en ser encontrado si se seguía el curso de meandros del río. Seguramente que si ahora viera de nuevo esa maqueta podría identificar más detalles importantes, y reconocería las huellas del terremoto anterior a la inmensa creación del culto a tantas y tantas divinidades. Estoy casi seguro de que, si se hicieran exploraciones

CUESTIÓN IDEOLÓGICA

YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET

El fuego crepitaba en la estufa, arrojando contra la habitación reflejos de oro que iluminaban numerosos cuadros colgados de las paredes. Sin embargo, el rostro de la mujer que hablaba permanecía en las sombras, mientras las chicas a su alrededor intentaban, en vano, divisarlo.

—Es cierto —dijo— que la caza del unicomio era un negocio floreciente ha poco menos de un siglo, pero su extinción no la causó un súbito aumento

de la demanda por el incremento de los asesinatos políticos, ni la deforestación excesiva. Como ustedes saben, los mediados del siglo XX fueron el escenario de las luchas de nuestras ancestras por el control de su cuerpo. El derecho al aborto es quizá el más famoso, pero al fin y al cabo era sólo una faceta del derecho a disfrutar libremente del sexo.

La mujer indicó a las muchachas uno de los cuadros de las paredes,



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES ARGEOS

Si en la vida obras con ternura solamente, corres el riesgo de recoger sólo caprichos. Y si aplicas la exigencia solamente, el peligro de acumular resentimientos de los otros. Yo te amo, Adrián, y por eso ya no te pido sino que exijo que obres con responsabilidad hacia mi ser Máquina... Y si tú me amas, como parece demostrar la gentileza con que me has tratado, harás lo posible para que ese amor sea ofrenda y goces, porque el que ama se siente feliz, si al que ama es feliz también... Necesito la Paz, y sólo de tu mano podré penetrar en recintos sagrados”.

Adrián (yo), estupefacto, pensó si no serían sus propios pensamientos los que había estado escuchando y si no formaría parte, como en “12 monos”, de aquel equipo de adorables maniáticos de los animales... En mi caso, de las Máquinas... Sin embargo, el tintineo en morse del autoencendido de Rosa demostró que nada era ficción. Rosa “existía”. Así

que procedió/dí conforme a su deseo: la desconectó/té.

Como más tarde le conté a Ángel, una sensación extraña, de intensa angustia, me recorrió el pecho y erizó mi piel mortal en aquellos momentos. Después, con las debidas licencias y autorizaciones del caso, llevé a Rosa a su hogar: “mi” hogar. La puse junto a la gigantesca Biblioteca, que se levanta como un palacio interno dentro de la casa, como guardiana del pensamiento humano.

En cuanto a lo del Museo, y su destino de prócer en él, ya habría tiempo para decidir sobre el particular... Hasta Marte había un largo camino que recorrer y mi equipo no podía quedar ajeno a cualquier elección que asumiera adoptar con respecto a Rosa.

© ADRIÁN N. ESCUDERO, 2010.

ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO
(Argentina —Santa Fe, 1951—)

En **NM** publicó “Malditos bichos” (# 1), “Cuidador de estrellas” (# 6), “El cálido Doctor Sin Nombre” (# 9), “*Vanitæ vanitatum*” (# 14) y “El encuentro” (# 16).

El cuento “Rosa”, de ÁNGEL BALZARINO, que motivara esta secuela, se puede encontrar en www.rafaela.com/balzarino/. “*Anno Dei*”, de ESCUDERO, es parte de su libro *Doctor de Mundos* (Vinciguerra, Buenos Aires, 2000).

geológicas en la zona que fue más tarde ocupada por una fortaleza musulmana, se encontrarían evidencias del lugar, pero prefiero no pensar en tal expedición, pues puede que encontrásemos más de lo que quisiéramos haber localizado jamás.

Una vez que comencé el descenso por las angostas escaleras recordé el misterioso pasadizo y antes de salir del templo dediqué un instante de mi tiempo a recorrerlo, por si podía resultar de interés.

Lo primero que observé fue que, si bien todo el edificio ya resultaba de por sí estrecho y angosto, la sensación de aquel pasillo era de auténtica claustrofobia. Pude comprobar, por otra parte, que la iluminación era muy tenue, casi inexistente, y que de hecho subía y bajaba de intensidad a ratos, como si aquel lugar no debiera permanecer a la vista durante demasiado tiempo.

En uno de los extensos murales se proyectaban nuevos párrafos explicativos acerca de la función de esa sala. Pero, como muchas cosas concernientes a dicha estancia, he olvidado por completo la información que aportaban.

Porque de repente —y sólo espero no teñir de subjetividad esta parte de la historia— noté como si algo se moviera al fondo del pasillo. Intenté convencerme de que seguramente se debía a alguna ilusión provocada en mi mente, por la evocadora sugestión del lugar en el que me hallaba. De todos modos, continué avanzando y comencé a sentirme como si estuviera realizando un camino sin retorno. Incluso

llegué a marearme en un momento concreto, por lo que tuve que apoyarme en paredes que tenían aproximadamente dos millares de años de antigüedad.

Cuando llegué al final del pasillo, muy acalorado y presa del sudor, vi que en el suelo, a la izquierda, había un agujero y me di cuenta de que debía comunicar, dada su posición, con el de la cripta Sur, por donde ofrendaban las viandas a los dioses.

A partir de este momento no puedo hablar con propiedad, y menos aún con objetividad. Todo el velo científico y arqueológico que podía poseer mi historia es insuficiente para explicar qué pudo suceder cuando, llevado por un impulso que apenas acierto a reconocer en mí, me agaché para mirar por dicho agujero.

Porque hasta hoy sigo ignorando qué es lo que vi dentro de él, aunque tengo ciertas sospechas. Sin embargo, en aquel momento me produjo tal impresión que caí redondo al suelo, como si un rayo me hubiera fulminado en ese mismo instante.

2

Por fortuna para mi salud, no me ocurrió nada grave después de aquel desvanecimiento repentino. Por lo que me contaron, un turista se percató de que estaba inconsciente en el suelo y llamó al guardia de seguridad, que me sacó al exterior del templo y trató de reanimarme. Al ver que no respondía, llamaron al Samur y se apersonaron en un instante. Tras reanimarme por medio de inyecciones, me trasladaron a una clínica

cuyo nombre no recuerdo y allí me sometieron a un chequeo completo para verificar que me encontraba en buenas condiciones.

Según el médico de cabecera que me atendió, había sufrido una fuerte impresión provocada por algún hecho traumático de naturaleza desconocida para mí. Aparte de un doloroso golpe al impactar con la cabeza contra el suelo —nunca hablan de esas cosas cuando alguien se desmaya—, estaba físicamente bien. En cuanto a lo mental, nadie podía estar del todo seguro de ello. Si bien se inspeccionó ese lugar, nada se vio en él que pudiera haberme provocado semejante impresión. Los animales no se colaban en dicha ubicación y el carácter más que diáfano no sólo del pasillo, sino también de las salas comunicantes, no daba muchas posibilidades de que hubiera allí algo capaz de hacer entrar a un hombre adulto en semejante estado de choque.

En realidad estaba muy lejos de saberlo, pero aquel hecho fue el inicio de lo que se acabó convirtiendo en mi pequeño infierno particular.

No le dije nada al médico, por considerarlo poco importante, pero en ese periodo que estuve inconsciente mi mente no estuvo precisamente en blanco. Y sé que es algo absurdo y un sinsentido que ocurra así, puesto que los sueños, buenos o malos, responden a una actividad del cerebro reorganizadora y plena, en respuesta al momento en que el cuerpo descansa y, por tanto, la cabeza aprovecha para trabajar a plena potencia para que se asimilen las experiencias vividas a lo largo del día.

Digo esto porque, al no tratarse de un sueño natural el que me aconteció, la presencia de dichas pesadillas es algo que podría intrigar a los expertos más avezados en trastornos del dormir. También es cierto que, si bien estoy buscando una explicación de naturaleza neurológica a tal suceso, bien pudo ocurrir que el golpe que me di en la cabeza fuese un disparador de esos sueños perturbadores.

Mi sueño —o debería llamarlo, más bien, pesadilla— no fue demasiado vivo ni nítido, pero no por eso lo recuerdo con menos claridad. Estaba en el interior de una sala, al parecer de techumbre amplia, aunque no era capaz de discernir su altura exacta, dado que apenas lograba ver casi nada más allá de mis propias narices. Si bien la sala parecía amplia, estaba llena de estanterías, rodeándome como si fueran una manada de lobos a punto de echarse sobre mí. No lograba siquiera apreciar sus formas exactas, y mucho menos los títulos de los libros que albergaban, pues era incapaz de moverme de donde estaba. Nunca he tenido la facultad de dominar mis propios sueños, y ésta no fue una excepción. Hay quienes dicen que eso está relacionado con la capacidad de dominio, autocontrol y pensamiento optimista que poseemos en nuestros momentos de vigilia. Es posible que mi experiencia cambiara de manera radical las teorías de esta clase de sujetos.

Nada más despertar, apenas me asaltó la visión de esta extraña pesadilla, puesto que mis recuerdos estaban difuminados no sólo en el terreno

incrementando la capacidad comunicacional junto a otros inventos digitales que apresuraron la llegada del tercer milenio. Ahora que lo preguntas, te aclaro que me servirá para mostrarte, en su pequeña pantalla tridimensional, lo que sucede hoy en el mundo, y por qué, a pesar de tanto silencio, nadie ha venido a buscarte todavía, ni lo hará. Un Ángel me contó dónde te habían puesto y, si lo deseas, puedo llevarte conmigo. Soy un romántico para todo, y, en verdad, a pesar de los años transcurridos, tienes una belleza *fellinesca* incomparable... Mi autocaril se encuentra estacionado junto a la puerta de tu empresa. Sólo debes decirme —*‘porque no hay camino inaccesible para la virtud’*, como sentenciara la Sibila de Cumas a Eneas— si deseas venir conmigo... Y serás eterna. Voy a acondicionarte, a maquillarte un poco y a llevarte a un lugar donde serás venerada por cada habitante de esta ciudad, de este país..., y luego del mundo y del universo entero, como el más original de los procesadores electrónicos de datos que potenciara la industria en la materia... Tendrás la fama que mereces y el reconocimiento injustamente postergado a tu contribución a la Humanidad en el desarrollo de la actual civilización tecnocrática... ¿Qué dices...?”

Rosa me miró, parpadeó en autoencendido y respondió entonces con inesperada sabiduría sobrehumana: “Mira, precioso. Si hay algo que me ha enseñado la vida es a reconocer y aceptar realidades. Estoy vieja, muy vieja. Y, de seguro, fea, muy fea. Aunque me maquillaras sólo podría habitar un museo. Y hay un tiempo para sembrar y otro para cosechar. Un tiempo para existir y otro para morir... Si me aprecias

como parece, debes aceptar sin duda alguna lo que voy a pedirte”.

“¿Qué dices, Rosa? ¿Qué...?”.

“Adrián; desconecta mi autoencendido. He servido cuando he debido y como he debido. Es hora de descansar... Me alegro de que no exista esa Cámara de Aniquilación, pues su propio nombre instaló el horror desde el principio en mi corazón eléctrico. Ahora sé que puedo irme en paz y de la mano de un caballero como tú. Desconecta mi autoencendido, por favor”.

“Pero...”.

“Desconéctame, te lo ruego. No temas. No hay miedo en mis circuitos. Como he sido obra del hombre, de seguro compartiré su trascendencia. Fui creada casi a su imagen y semejanza. Y, por carácter transitivo, ya que las Matemáticas afirman ser una Ciencia exacta, yo también naceré al Cielo. No lo sabes aún, pero yo sí. Tú eres para mí el Redentor. Desconéctame, te lo suplico, para que pueda entrar en la paz”.

“Pero, yo... Rosa...”.

“Y aunque te haya enviado o seas un Ángel, recuerda que el Señor de Todo y de Todos te ha puesto en el mundo, pero no eres del mundo. Por tanto, recuerda: los medios no son fines y el fin no justifica los medios... Si el hombre encuentra el equilibrio entre su deseo de progreso material por medios como los míos, que nunca olvide su rincón espiritual. Ése que lo tiene destinado, como a todo ser vivo, inteligente, libertario y voluntario, al Reino de los Vivientes... Recuerda que el que ama, exige. El que ama, cuida, protege; pero también exige, compromete. Dios, por ello, es el puro equilibrio entre la Misericordia y la Exigencia, entre la Ternura y la Responsabilidad...”

trolables, mi entrevista con Rosa por fin se realizó. La he encontrado en un lugar oscuro que predestinaba su destino de sombras... Se asustó mucho al verme. Mi traje negro y mi cabeza rapada quizá contribuyeron a ello. Y eso que, como sabes, se trata de la última moda y hace furor entre las féminas.

Preguntó mi nombre en lenguaje y sonido binario e, inmediatamente, si la hora había llegado. Me sorprendí sobre la cualidad tecnológica con que había sido dotado un modelo tan antiguo como aquél: intentaba, ni más ni menos, entablar un diálogo conmigo. ¡Increíble!

Le dije que sí... Pero que aquellos jóvenes esbeltos que la habían expulsado de la compañía ya no lo eran tanto; estaban muy viejos y resentidos, y habían sido retirados de su estación de trabajo hacía cinco quinquenios, desde cuando, megáfono en mano, proclamaron para sorpresa de todo el personal: "¡La Era de las Máquinas ha terminado!"... No estaban en sus cabales (algo semejante al famoso filme "12 monos", que guardo en mi cinematoteca), y su padre, dueño de la empresa no podía contradecirlos: eran sus hijos...

"¿Y para qué vienes a verme si dentro de poco en la Cámara de Aniquilación voy a ser destr...?"

"No hay tal Cámara, Rosa", le dije. "¿O acaso no te ha llamado la atención tanta demora en hacerte desaparecer...? Fue todo un ardid del astuto y fallecido empresario que regenteaba tu empresa. Un fraude que planeó en complicidad con sus gerentes más amigos. Y, a su vez, los nuevos socios que compraron acciones soportaron la comedia todo

el tiempo que pudieron en homenaje a su carácter y público reconocimiento como Capitán de Industria. El anciano había sabido defender su pequeño emprendimiento hasta hacerlo parte de una cadena de empresas multinacionales. Lejos de desaparecer, aquella pyme es ahora uno de los eslabones más fuertes de la cadena de producción y venta de los productos que ayudarás a comercializar *ciberneticamente*. La Era de las Máquinas no sólo no había concluido, sino que... La verdad es ésta: el mundo ha evolucionado y tus congéneres pululan por doquier... En los dormitorios, en las cocinas, en las salas de estudio, en las escuelas, en todas las reparticiones, sean del carácter que sean... ¡Hasta las parroquias han incorporado sistemas normalizados de administración gestionario-sacramental!... Todo es computación. Créeme. Y afirmo también que, sin saberlo, has sido tú quien ha logrado embarazar la conciencia de todo un mundo con las muestras de eficiencia, eficacia y productividad que tu modelo destilaba. Cuando el abuelo Bill Gates, y otros anteriores a él, te construyó, tuvo un sueño... Y todo se ha hecho realidad".

"¿Y qué tienes en la mano, Adrián?" (Bueno, eso de hablar era posible, pero este artefacto magnífico poseía también un avanzado sistema robótico de observación de la realidad, cosa que, en verdad, alguien que conozco se lo había atribuido como invento no hace mucho en determinado equipamiento tecnotónico y trabajando para algún laboratorio de la Federación Europea de Multinacionales). "Ah, esto es un celular", respondí, sin acusar recibo del impacto de estar conversando con una máquina. "Es un aparato que fue

inmediato de qué fue lo que me indujo ese desmayo, sino también en el plano de lo onírico, quizá por medio de un mecanismo de autodefensa. El paso de las semanas lo trajo a mi vida diaria de manera ineludible con los acontecimientos posteriores, pero antes de eso hubo un suceso singular que también tuvo lugar ese mismo día.

Cuando el doctor me indicó que me pusiera sobre la camilla para que me tomara la tensión, al levantar el brazo caí en cuenta de que no llevaba mi reloj de pulsera. Si hubiera sido uno cualquiera no me hubiera importado tal incidente, pero dicho reloj estaba muy lejos de ser una bagatela comprada en un simple mercadillo.

Aquel aparato había pertenecido a mi abuelo desde hacía muchos años, aunque él mismo no se lo hubiera puesto jamás. Mi abuelo era relojero, uno de los mejores de la ciudad. Reparaba cualquier clase de reloj que uno le llevara, y podía ser capaz de desmontar los delicados mecanismos internos para sustituirlos por otros completamente nuevos en las partes exactas que necesitara. Era algo más que un clásico técnico que te cobra, no por lo que hace, sino por saber por qué lo está haciendo. Conocía a la perfección todas y cada una de los componentes de un reloj de bolsillo, el más popular en su época.

Hay que decir que mi abuelo era un tradicional en toda regla, además de un desarraigado en su propia época. Abominaba de las nuevas tendencias de todo tipo y no conocía más ocio que el que suponía abrir un libro y perderse entre sus páginas. Por eso,

como era de esperar, nunca vio con buenos ojos el mercado de relojes de pulsera. Sabía también arreglarlos y los reparaba con la profesionalidad que le correspondía tener, pero nunca acabaron de gustarle. En cierto modo, estaba muy influido por la opinión de aquel entonces de que, al llevarlo en la muñeca, parecía más una joya, es decir, un adorno de mujer, que un accesorio masculino.

La cosa cambió, sin embargo, con la llegada de la Primera Guerra Mundial. El hecho de que pudiera saberse la hora sin necesidad de tener una mano ocupada hizo que los soldados no tardaran mucho en apreciar su valor práctico, por lo que no demoró en instaurarse entre ellos y con el paso de los años, por extensión, a todo el género masculino.

Teniendo en cuenta su profesión, no es muy sorprendente el hecho de que por las manos de mi abuelo pasara uno de los primeros relojes de pulsera que hubo en el mercado, de la ya extinta marca suiza Funfe. Sólo poseía manilla del minuterio y del segundero, pero su precisión era algo que estaba más allá de toda duda. Mi abuelo apreciaba su calidad y creo que era muy consciente de que aquello era el futuro, pero se negó en redondo a utilizarlo, pues su terquedad era una cuestión familiar casi hereditaria. De hecho, con el paso lento y gradual de los años, empezó a hablar bien de dicha clase de relojes, porque llegó un nuevo vehículo sobre el que descargar odios: el reloj digital, que suponía la completa muerte del oficio tradicional de relojero. Él ya estaba jubilado y dicha intrusión

no afectó a su vida en lo más mínimo, pero siempre tuvo listas unas palabras envenenadas para esa nueva máquina, incluso en los últimos días de su vida.

Antes de su muerte, el citado reloj de pulsera pasó a manos de mi tío abuelo, el coronel Téllez, a la sazón militar durante el gobierno de la Segunda República Española. Aunque no intervino en la Guerra de África, sí viajó en repetidas ocasiones al continente del Sur para conocer el desarrollo de la contienda de primera mano, y en varias de esas visitas recorrió diversos países de África. A raíz de los terribles acontecimientos que empezaron con mi desmayo en el Templo de Debod, y que seguiré relatando en profundidad ya mismo, he llegado a la inequívoca conclusión de que mi tío abuelo debió de estar en la región donde se ubicaba originalmente el templo, y tal vez incluso tuvo algo que ver, en términos diplomáticos, con su cesión. Es posible que estableciera una buena relación con los habitantes del lugar y que eso influyera en décadas posteriores para poner dicho templo bajo la confianza de España. Lo cierto es que nunca estaré del todo seguro de ello, pero cierto instinto del que no puedo sustraerme así parece indicarlo.

Durante los tiempos difíciles de la República el ejército estaba dividido y, aunque la mayoría de los militares empezaron a apoyar secretamente un golpe de Estado, él fue uno de los que permaneció fiel al bando Republicano. Por aquel entonces sus tareas eran principalmente de índole administrativa y fue consciente de la impresionante cantidad de contrabando

que se movía por aquellos sectores, sobre todo ya entrada la Guerra Civil, y del cual nunca quiso tocar una sola pieza. Llegado ese punto, mi tío no podía traicionar abiertamente al bando Nacional, pero cuando las batallas llegaron al frente de Madrid la situación fue insostenible para él y tuvo que exiliarse en Francia.

Al llegar allí, la cosa no mejoró demasiado para él, sin embargo, ya que la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de empezar. Inicialmente formó parte de la resistencia francesa, que estaba —dicho sea de paso— integrada en su mayor parte por españoles, y a la que aportó sus siempre necesarios conocimientos militares. Pero no tardó en acontecer que el gobierno de Vichy del mariscal Pétain lo apresó y fue internado en un durísimo campo de concentración que no tuvo nada que envidiar a los de Auschwitz o Dachau. Por algún milagroso azar del destino logró esconder el reloj durante todos aquellos años, hasta que llegó el fin de la guerra y se clausuraron aquellos infiernos en la Tierra.

Después de aquello le fue concedida la nacionalidad francesa y decidió residir allí, tratando de buscar algo de paz en su vida. Cuando la España de Franco, en un comunicado internacional, declaró que los militares desertores fueron todos unos ladrones, la vieja terquedad familiar salió a flote y mi tío escribió una carta destinada al Generalísimo, en la que declaró que él no había tocado nunca ni un solo bien del Estado mientras desempeñó su cargo con normalidad. Franco le contestó, de manera más que peculiar y sorprendente, que “españoles como

temas tan delicados como la homosexualidad y la drogadicción, de suerte tal que la Humanidad, a nivel de los hechos, había concertado y apresurado, imposible, un inminente Apocalipsis *sodomícamente* bíblico.

La reacción parecía tardía. Mientras tanto, la Tierra continuaba girando alrededor del Sol y rotando sobre un eje que, milímetro a milímetro, parecía advertir que, en menos de cincuenta años, todos los cuerpos con alma y desalmados saldrían disparados al espacio sin ley de gravedad que defendiera su apego al pedazo de estrella que los había engendrado alguna vez... Ya la realidad superaba a la ciencia ficción, y yo mismo había escrito unos cuantos años atrás un relato titulado “Anno Dei”, donde aventuraba dicha faceta apocalíptica, aunque devenida de un enfoque metafísico de la cuestión...

Lo cierto es que la aún empleada *tecno* del correo electrónico de mi amigo decía, escuetamente, lo siguiente:

----- Original Message -----

From: Adrian Escudero

To: Angel Balzarino

Sent: Saturday, June 12, 2070
11:22 PM

Subject: ENTREVISTA -

Re: Invitación

Querido Adrián:

Me es muy grato invitarte a visitar la página <http://lacomunidad.elpais.com/cmoran24/posts>, donde encontrarás un comentario sobre una niña llamada Rosa. Desde ya muchas gracias por tu amable atención. Con un fuerte y afectuoso abrazo. Ángel.

De hecho, y una vez dominadas ciertas situaciones laborales y personales, respondí a su mensaje (por el mismo nostálgico, aunque operativo medio), comentándole —en términos generales— que no sólo había leído el comentario sobre Rosa, sino que, además, y como parte del proyecto que habíamos concretado con el equipo, había ido a entrevistarla.

Para no abundar en consideraciones menores que terminamos aclarando telefónicamente, el cibercorreo despachado a su dirección de contacto (pues —en casa de herrero cuchillo de palo—, por alguna razón que no deseo apropiarme a mi secretaria de turno, no contaba con copia de él en la base de datos de la Fundación; por cierto, la eterna discusión de los virus que se introducen en la Red como parte del mismo negocio floreciente fue su escudo más que atendible para justificar la pérdida de la información), según recuerdo y escribo para testimonio en la Bitácora de Vuelo del Museo Itinerante que viaja, ahora mismo, con estelar destino, decía —mientras me relajo en marcha hacia una visita de cortesía y conferencias a la reducida colonia marciana que nos había invitado para conocernos— algo así:

----- Original Message -----

From: Adrian Escudero

To: Angel Balzarino

Sent: Saturday, June 12, 2070
11:22 PM

Subject: ENTREVISTA A ROSA -
Re: Invitación

Querido Ángel, Ángel de la Guarda: aunque demorada por razones incon-

ENTREVISTA A ROSA

ADRIÁN N. ESCUDERO

*Al virtuoso escritor ÁNGEL BALZARINO,
autor del relato "Rosa", que diera lugar a este cuento sobre cuento;
amigo donde el equilibrio del Ser se autentica
en los atributos de su noble calidad humana y profesional.*

*En particular, para el distinguido magazín virtual NM
y sus generosos creadores argentinos...*

Mi estimado amigo Ángel sabía que, junto con otra gente de nuestro país vinculada tanto a la cultura literaria como a la difusión o divulgación popular de ciertos avances científicos, y con el aval sustantivo del escritor R.D.B. —quien ya contaba con una valiosa experiencia práctica en la materia, por haber colaborado en iniciativas similares en distintas partes del mundo—, habíamos invertido recursos propios y conseguido ayuda oficial, tanto de los gobiernos norteamericano como argentino, para contar con una fundación que nos permitiera desarrollar actividades o generar empresas vinculadas, en particular, a una cuestión clave en el avance tecnológico incorporado al desarrollo organizacional; ello conforme al tipo y dimensión o escala de las distintas instituciones que, tanto a nivel social como económico, agrupaban cada vez más efi-

ciente y eficazmente el esfuerzo humano.

Lo expuesto, siempre en la utópica e innegociable creencia de que el progreso debía estar al servicio del hombre y no al revés, aunque —cambio climático de por medio— hubiera sobradas razones para cuestionar tanto los medios como los fines perseguidos por alguna de dichas sociedades, quienes con el paso de tiempo habían establecido un sistema de explotación ecológica que hacía dudar a corto plazo sobre la existencia misma del planeta. La progresiva contaminación advertida desde los umbrales del tercer milenio y la ruptura del orden natural de los ecosistemas era congruente también con la imparable disolución de un modelo social basado desde antiguo en las células familiares heterosexuales y actualmente corrompido por la laxitud en el tratamiento de

él fueron los que honraron ese país", tal vez lamentando la pérdida de un militar en sus filas, algo que, al fin y al cabo, él mismo fue.

Mi tío abuelo rehízo su vida en Francia. Allí se casó y tuvo dos hijos, a los que conocí una vez en un viaje que hice con mis padres para visitarlos. Ésa fue la primera y última vez que lo vi. El reloj ni siquiera es que me lo diera. Se limitó a contar toda esta historia y lo mostró sin especial interés ni énfasis. El relato me llamó la atención y le pedí quedarme con él, a lo que contestó que no había ningún problema. De modo que no es que se trate de una joya familiar pasada de generación en generación ni nada por el estilo. Su herencia, de hecho, fue singular, puesto que pasó de un miembro de una época a otro de la misma, y luego se saltó una generación completa hasta llegar a mí.

Y conmigo parecía que se iba a acabar su periplo, porque lo había perdido para siempre, o eso parecía. No obstante, no hay que ser demasiado astuto para darse cuenta de que hay más que contar al respecto de este artefacto, o no me hubiera molestado en narrar todo esto a esta altura de la historia.

De hecho, sólo espero, como vago consuelo, ser el último sujeto que jamás haya utilizado ese reloj.

Dado que estaba de visita en Madrid y encima me recomendaron unos días de reposo absoluto, el asunto del reloj fue quedándose como algo secundario en mis prioridades. Comenté a un amigo que vivía por el centro si podía hacerse cargo de ello,

y me dijo que no había problema alguno. De todos modos, desde Barcelona, fui yo quien se encargó de las pesquisas principales, para no molestarlo demasiado.

Comencé metiéndome en la página web del Ayuntamiento de Madrid para buscar el mismo número al que llamé en su momento pidiendo cita, innecesariamente, para ver el templo. No tardé en enterarme de que aquel número no era para hablar con los responsables del monumento, sino de un centro cultural cercano que gestionaba las visitas. Aquello ya pintaba mal, pues quería decir que tendría que dar numerosos rodeos telefónicos hasta poder localizar a aquellos con quienes deseaba hablar.

La persona con la que hablaba dijo lo que se suele decir en estos casos: que él no podía hacer nada, pero que hablaría con los guías del templo para ver si se podía hacer alguna cosa. Le dejé el número de mi amigo para que llamara y colgué, con la certeza de que todas esas molestias iban a ser en vano.

Porque empecé a reflexionar cómo podía haber perdido el reloj, y no dejaba de sorprenderme por ello. La cadena —como cabía esperar, dada su antigüedad— era metálica y tenía un cierre plegado robusto y para nada flojo, que hacía bastante difícil que se deslizará de mi mano o que se abriese por accidente. Podía haber la posibilidad de que hubiese saltado cuando me golpeé contra el suelo, pero me pareció algo improbable que pudiera suceder semejante cosa.

Luego, dejando de lado el hecho de que se había separado de mi muñeca

—algo obvio—, quedaba plantearse dónde había podido ir a parar. No es que hubiera muchos lugares donde deslizarse o perderse. Los bloques de arenisca que componían el templo eran extremadamente sólidos y, aunque estaban desgastados por el paso de miles de años y una irresponsable inundación prolongada, bajo ninguna circunstancia un reloj podía deslizarse y ocultarse entre esos resquicios.

Comencé a considerar las opciones menos agradables; las que uno no desea pensar hasta que empieza a estar desesperado.

Podían habérmelo quitado. Aquel primer turista que se acercó a socorrerme era un candidato perfecto para ello. En tal caso, el reloj seguiría viendo mundo, pero bajo el manto de un sujeto con apellido muy distinto al de mi familia.

Podía ocurrir, incluso, y bien pensado, que nunca se hubiera deslizado por voluntad propia de mi muñeca. Tal vez le ayudaron a caerse de ella, aunque lo consideraba muy improbable. El cierre, como ya he dicho, era muy sólido, además de que —si uno no lo conocía— resultaba un pelín intrincado de utilizar.

Los hechos, de todos modos, no tardaron en descartar algunas de estas opciones. Un día mi amigo me mandó un correo electrónico, diciéndome que se habían puesto a su vez en contacto con él. La interlocutora resultó ser una de las chicas encargadas de cuidar el monumento —imagino que testigo de los acontecimientos— y, deseando darme buenas noticias, había empezado a buscar con más ímpetu del que su

trabajo y su sueldo la obligaban. Me dijo que bajo el templo hay un pequeño sótano que comunicaba con la parte superior por rendijas y que podía ser que hubiera caído por esa zona, pero miraron con mucha calma y no lograron encontrar nada. El sótano en sí, además, no era especialmente grande ni difícil de revisar, pues su única función era la de servir de área de descanso de los trabajadores.

Los meses pasaron y ya daba por completamente perdido el artefacto. Todo el asunto, de hecho, estaba olvidado en mi memoria, cuando un buen día llamaron directamente a mi casa desde Madrid. Era la misma chica, que deseaba decirme que habían encontrado el reloj. Tras dar una descripción del aparato y corroborar que en efecto se trataba de él, me dijo que por desgracia parecía estar estropeado, pero eso no me importó demasiado. Entre tener un reloj roto y uno desaparecido, teniendo en cuenta que lo conservaba en gran parte por motivos sentimentales, no cabía duda de que siempre era mejor la primera opción. Me dijo que ella misma me lo enviaría por correo certificado para que no tuviera necesidad de esperar más por él. Realmente la gestión de los trabajadores del templo fue brillante, si es que tenían interés en mejorar su imagen debido al incidente, tal vez suponiendo que las asfixiantes condiciones del interior del templo-museo motivaron mi desmayo.

El reloj apenas tardó una semana en llegar a mi domicilio, bien protegido en una diminuta cajita y cubierto por plástico de burbujas. Cuando la abrí

en un capítulo diferente, antes de quedarse dormido sobre el sofá. Lo despertó un sonido en la calle; la música era acompañada por la voz de un hombre que prometía progreso, cambio, bienestar. “Otro político”, pensó Juan, al tiempo que se ponía de pie para cerrar la ventana. Al hacerlo, de manera mecánica llevó las manos hasta el armazón de metal que rodeaba al vidrio, sin reparar mucho en el exterior. Hasta que vio la camioneta que pasaba dando publicidad al candidato. Era un modelo de Chevrolet 64, portando tres altavoces en el toldo, y con el escudo de un partido político sobre las puertas.

En la calle había otros automóviles de modelos antiguos, niños jugando a la pelota o con canicas y, en general, personas con ropas de estilo anticuado y peinados viejos. Por un momento

sólo se contentó con observar. Sacó la cabeza para verlo todo con detenimiento; el viento le enfrió las orejas y revolvió su cabello. Vio en la acera de enfrente a un hombre que instalaba un andamio junto a una pared a medio terminar.

No supo qué sentir al ver aquella escena que le ofrecía su ventana; el hombre que trabajaba enfrente lo miró un momento antes de arrojar mezcla sobre los ladrillos. Le gritó tratando de llamar su atención, pero el trabajador continuó en lo suyo, sin volverse a verlo. Se dio cuenta de que todo eso le parecía muy familiar y un vacío se le formó en el estómago, pues durante años la gente había estado contando historias sobre él y su cuerpo sin vida en el pavimento.

© CARLOS RANGEL SANTOS, 2010.

CARLOS RANGEL SANTOS
(México —Aguascalientes, 1987—)

Autor del libro de cuentos *La voz de los otros*, en **NM** 17 publicó “No me temas”. En su tiempo libre se dedica a escribir una novela y está preparando otro libro de cuentos para un certamen.

DEPARTAMENTO 9

CARLOS RANGEL SANTOS

Aquella historia siempre había intrigado a Juan: en el 75 un hombre saltó del edificio frente al parque municipal, para estrellarse contra el pavimento y morir. Después de revisar el cadáver, los paramédicos dijeron haberle encontrado algunos aparatos desconocidos entre las ropas, además de una nota que decía: “No puedo más”. En el inmueble dijeron no conocerlo. Un albañil que trabajaba en la acera de enfrente dijo haber visto al suicida sacando la cabeza por la ventana antes de saltar. Minutos más tarde, los transeúntes encontraron el cadáver sobre una mancha de sangre negra.

El hecho se siguió contando por décadas, pues —al hacerse público que el cuerpo había desaparecido de la morgue— la gente comenzó a imaginar. Juan creció escuchando las diferentes versiones del cuento:

que si el hijo loco del señor del cuarto piso, encerrado por su propia familia para evitar vergüenzas; que si el espectro del conserje enojado. Cuando fue mayor, sabía que sólo en un lugar deseaba vivir: en el departamento 9 del edificio frente al parque. Al instalarse comenzó a sentirse emocionado. Por fin estaba en el sitio donde, hacía años, un hombre se había lanzado al vacío, para después desaparecer sin dejar rastro, atrayendo la atención pública.

Una tarde, mientras leía un volumen le dio hambre y salió a la calle para comer algo. Al caminar pensaba que el hombre es incapaz de conocer todos los recovecos del universo, viendo milagros y espectros donde los fenómenos físicos operan con fuerzas que aún no han sido medidas por la ciencia. Regresó para leer otro poco del mismo libro de antes, pero

pude comprobar que, sorprendentemente, la esfera estaba intacta, pero que las agujas se habían retorcido ligeramente. Lo más misterioso era que ambas estaban retorcidas prácticamente en la misma posición. Aquello, desde un punto de vista matemático, tenía una sencilla respuesta: las condiciones a las que había sido sometido el reloj eran uniformes en todos los puntos del entorno. Pero a la pregunta de cuáles pudieron ser ya no fui capaz de ofrecer respuesta alguna.

Avisé a la empleada que el envío había llegado sin problemas y le pregunté dónde había aparecido, pues no se me había ocurrido hacerlo hasta ese momento. Su respuesta no pudo ser más intrigante: dentro de la cripta, justo al lado de donde me había desmayado. Un turista llegó un día y dijo que lo había visto en el suelo, a simple vista. No podía resultar más misterioso el hecho de que, ya con el reloj en mi poder, fuera sin embargo incapaz de deducir dónde había estado escondido todo ese tiempo. Al principio pasaba muchos ratos muertos intentando averiguar la respuesta, pues la curiosidad es una característica inherente a la mayoría de los científicos, de rasgos acusados, además, en los matemáticos. Pero, como sea que no llegaba a ninguna respuesta satisfactoria, me conformé con el clásico pensamiento de que fue uno más de esos montones de objetos que todos hemos tenido, a los que perdemos de vista, y que un buen día reaparecen cuando menos los esperamos encontrar, como si hubieran estado en una especie de limbo de trastos desaparecidos,

a la espera de que fuéramos allí a reclamarlos.

No tardé en observar, por otro lado, que su malfuncionamiento no afectaba sólo a su aspecto. Cada vez que lo echaba a andar parecía marchar sin problemas, pero llegaba un momento en el que las agujas se atascaban y paraban, incapaces de continuar. Concretamente ambas, la aguja horaria y la de los minutos, se detenían en la hora cinco y el minuto cinco. De ese modo llegaba un momento en que la hora marcaba, de manera permanente, las 17:05 o las 5:05, como uno quisiera pensar. De todos modos bromeaba pensando que, como decía Lewis Carroll, siempre sería mejor eso que un reloj que atrasara un segundo diario, porque mientras que, en ese caso, tendrían que pasar mil ochocientos días para que diera la hora correcta de nuevo, el mío daría la hora exacta siempre dos veces al día.

Aun así, no quise deshacerme del reloj y lo empecé a llevar en el bolsillo como un fetiche que cargaba a todas partes, igual que si fuera un viejo amuleto de la suerte, aunque su desaparición no hubiera acontecido bajo circunstancias muy memorables ni le hubiera llevado demasiada a la vida de mi tío abuelo, precisamente. De todos modos, la suerte es un concepto relativo —asintótico, de hecho—, pues puede decirse que pasó malos años en aquel campo de concentración, pero que sin duda le ganó la apuesta a la vida, sobreviviendo primero a una guerra donde otros como él cayeron y luego a un esclavismo del que muchos no regresaron.

Creo que a esta altura de la historia más o menos terminó lo que puedo calificar como racional y cuerdo, y empezó el que sería mi tormento particular. Sin embargo, sin ánimo de resultar sensacionalista ni de faltar a la verdad de lo que puedo contar de primera mano —pues otros datos los conocí por medio de otros testigos ajenos a mí, pero de máxima confianza—, trataré de ser lo más claro y conciso posible, incluso en aquellos terrenos que empiezan a entrar en el proceloso campo de la superstición.

En Barcelona tenía un conocido que realizaba también estudios de doctorado. Era un tipo más que peculiar, aunque eso tampoco es decir mucho, teniendo en cuenta que hablamos de un estudiante de matemáticas. Aparte de sus peculiares pensamientos científicos, de los que considerar a la matemática como una ciencia experimental más que pura era sólo el más estándar de ellos (debido, según él, a los resultados de indecibilidad de Gödel y Turing), tenía una notable pasión por la numerología y las leyendas antiguas. Leía mucho, más de lo que suele leer un estudiante de esta clase, obsesionado la mayor parte de las veces con su disciplina, como si fuera lo único importante en el mundo, y cosas nada típicas de las que uno encuentra en una biblioteca.

Por eso, cuando le conté que tenía un reloj que se detenía siempre en las 5:05, empezó a mostrar un vivo interés y me habló, como ya lo había hecho en el pasado, de sus hipótesis numerológicas al respecto, más que sorprendentes viniendo de alguien a quien le han enseñado a

comprender la estructura coherente de los números. Mencionó a uno de sus grupos favoritos, Warreh Spawn, del que yo había escuchado hablar años atrás, ya que se hicieron bastante conocidos en los círculos independientes por sacar un único disco genial y suicidarse precisamente en el Sur de España, en mitad de una gira, como ya le pasó al cantante de Alien Ant Farm en Madrid, en plena carretera de Extremadura, cuando estaba en la ciudad para cantar en el Festimad de ese año. Este grupo tenía auténtica obsesión con el número cinco, y la mayor parte de sus canciones duraban cinco minutos y cinco segundos. Empezó también a contarme peculiares historias en las que hacía mención a que de verdad creían que su música estaba influenciada por una suerte de fuerza exterior a ellos, que se manifestaba de las maneras más insospechadas por medio de la tecnología moderna.

Bromeando le dije que, si ése era mi caso, mal aparato había elegido ese ser para manifestarse, puesto que el reloj era viejo hasta decir basta, pero se puso muy serio y me dijo que no actuara con orgullo, pues lo que es moderno un día resulta ser viejo al siguiente, y que no debía desdeñar que algunos de los avances científicos más importantes de la historia no parecen para tanto, vistos por el prisma de ojos no observadores, como ocurre con la rueda o la puerta.

El caso es que continuó hablando largo y tendido y, aunque ya no recuerdo la mayor parte de lo que dijo —y tanto mejor para mí—, sí re-

Porque si algún día vuelvo a dormir en esa ciudad, y llegan a dar las cinco y cinco de la mañana, en el momento exacto en que entre de nuevo en Elloh, el Sagrado Santuario de los Kraan, habré sentenciado

de manera más que segura mi muerte y tal vez esté abriendo las puertas a la condenación de toda la humanidad.

© MAGNUS DAGON, 2011.



MAGNUS DAGON
(España —Madrid, 1981—)

En **NM** publicó “Juegos de manipulación” (# 11), “La esfera de Cyril” (# 13) y “La Ley Premuerte” (# 15). Previo a eso, bajo la firma MIGUEL LÓPEZ MUÑOZ, había publicado “El Soldado Desconocido” (# 2) y “*Nergum Astrum*” (# 6).

Actualmente escribe *Los caídos*, libro gratuito por entregas semanales, alojado en www.loscaidoslibro.com.

el doctor Morán vio otros agujeros, otras rutas que llevaban a paraderos desconocidos. Por eso temo que estos seres no sólo han establecido contacto físico entre ellos, sino que han excavado y diseñado una red laberíntica tan inmensamente extensa y ramificada como para interconectar todos los templos entre sí. De ese modo, esta increíble construcción de proporciones poco menos que megalománicas abarca, como mínimo, toda la cuenca mediterránea y gran parte de la zona circundante de Holanda, con ramas en el Norte de África y la costa Este estadounidense. En la más optimista de las aproximaciones, toda esta superficie es más de lo que ningún imperio de la antigüedad logró jamás abarcar, ni siquiera el de los descendientes de Genghis Khan. En la peor de ellas, bajo nuestros pies circula un trazado que puede suponer nuestra misma destrucción y cuya localización, teniendo en cuenta la estrechez de los túneles, sería tan complicada como encontrar un botón en el fondo de un lago.

En cuanto a mí, como ya dije, estuve en Madrid al mismo tiempo que esa incursión tenía lugar y aquella noche no fue una excepción a las demás. Tuve nuevas pesadillas y en ellas el mundo externo que rodeaba al edificio en que me encontraba, bastante más intrincado que los anteriores, bullía en un griterío inclasificable, pero que llegué a identificar como un repugnante y terrorífico escándalo que denotaba júbilo. Me di cuenta, así, de que algo terrible, horrendo, estaba pasando al margen de mi experiencia y llegué a temer por mi vida.

A medida que la noche avanzó, sin embargo, ese indescriptible aquellare fue cayendo en entusiasmo, hasta que se convirtió en una generalizada decepción, seguida de la rabia irracional y violenta de seres que no deberían haber sido siquiera intuidos por persona alguna.

De repente comencé a notar que intentaban entrar al edificio tenebroso en el que me encontraba y los sentía correr por los muros exteriores y trepar hasta encontrar una abertura a lo largo del subsuelo. No dejaba de escuchar desde el otro lado unos estruendos brutales y generalizados, que no pude más que identificar como bárbaros intentos de tirar abajo los accesos cegados por pura fuerza bruta. El pánico me impedía moverme y esconderme, pero cuando me sentí rodeado y noté que las puertas comenzaban a ceder caí en un profundo sopor y, tras desmayarme sin llegar a ver a esos seres de pesadilla, de los que no encontré nunca imagen alguna en esos libros demoníacos, recobré el sentido en el interior de una biblioteca pequeña y poco transitada que desconocía y que, según averigüé después, era la más próxima al propio Templo de Debod.

Por eso, ahora sólo mantengo contacto con el doctor Morán por teléfono y he cortado todo lazo personal y profesional que me uniera con la ciudad de Madrid. Aquel último día fue una advertencia, un aviso que no puedo eludir bajo ninguna circunstancia, ni siquiera deshaciéndome del reloj, ya que acaba regresando a mi cajón del escritorio, como si nunca lo hubiera golpeado, tirado a la basura o lanzado al fondo del mar.

tengo en la memoria vagos fragmentos dispersos. Dijo que bien podía suceder que pudiera haber sido elegido como fueron elegidos aquellos músicos, y que tal vez la naturaleza de mi situación era distinta. Tal vez no era la misma fuerza, pero sí con el mismo origen. Habló de la ciudad mística de Elloh, también conocida como el Sagrado Santuario de los Kraan, no sujeta a las leyes del espacio ni del tiempo, y de las leyendas que discurrían en torno a ella, como la de sus gigantescos laberintos subterráneos, grandes como continentes, y su entrada majestuosa y terrible, compuesta por ciento veinticinco pilares robados a la también legendaria ciudad de Irem. Contó cómo aquel lugar era el reino de saberes prohibidos para el hombre y también que algún día podría resurgir de su secreta condición y reaparecer entre nosotros, como adalid de nuestra destrucción.

Un día llegó hasta a enseñarme un dibujo de la entrada principal de dicha ciudad y puedo atestiguar que el artista que lo efectuó era un auténtico maestro del carboncillo. Si bien era muy oscuro y poco detallado, se apreciaban todas las formas y la impresión que me dio fue la de lo que el mundo de las artes hubiera contemplado si Francis Bacon se hubiera dedicado a dibujar paisajes en vez de personas. Los pilares estaban perfectamente bien detallados y al fondo se veía un edificio de singular forma cilíndrica, cuyos accesos, sin embargo, no habían sido dibujados, o estaban al lado contrario del dibujo. Cuando le pregunté de dónde había sacado ese fantástico dibujo, se encogió de hombros y se

limitó a decirme que circulaba por Internet, en páginas web y perfiles de deviantART, pero nadie sabía decir de dónde provenía ni quién había sido su autor.

3

Con respecto a relatar con propiedad los siguientes sucesos, seguramente seré incapaz de reflejarlos con claridad, dado que me tocaron de manera muy directa y personal, y hundieron mi vida en una incertidumbre que muy pocos podrán entender. Sólo otros tantos que los han vivido de manera similar, como la escritora Agatha Christie.

Podría decirse que las cosas no me iban mal por aquel entonces. Había olvidado por completo el incidente del templo, así como la posterior búsqueda del reloj y las enfermizas obsesiones de mi compañero de investigación. De hecho, le surgió un proyecto en la ciudad de Turín, relacionado con cierta conjetura topológica en la que estaba trabajando, y se mudó allí por espacio de cuatro años que todavía no han pasado. No he vuelto a hablar con él desde entonces, ya que nunca tuvimos demasiado contacto —más allá del incidental en los pasillos y cafetería de la Universidad—, pero eché tremendamente en falta su presencia en estos días complicados y confusos que me acontecieron. Sólo espero que le llegue esta advertencia o, cuando menos, que regrese cuanto antes al país, porque Turín es precisamente otro lugar en el que el horror acecha y puede manifestarse de un momento a otro, aunque se

puede decir —más o menos a la tremenda— que a la hora de la verdad no hay, de hecho, un solo lugar a salvo, al menos en toda la vieja Europa, lo cual supone una extensión de terreno más que considerable.

Como era de esperar, los congresos aparecían con cierta regularidad en mi trayectoria profesional y llegó el momento en que regresé a Madrid, alrededor de un mes después de que me llegara el reloj por correo. Tenía planificado hacer una visita relámpago al Museo Thyssen para admirar una exposición de obra basada en el uso del pincel para representar las sombras y, dado que apenas estaría un par de días, cogí una habitación de hotel para no molestar a nadie, debido a que iba a estar en días de diario.

No hay nada reseñable que contar acerca del congreso. Multitud de profesionales empezaron a hablar de sus teorías y últimos avances y salí de allí sin una idea muy clara de si había escuchado a un montón de charlatanes o a unos genios en sus respectivas subáreas. Como ya era tarde decidí ir al hotel a descansar, para levantarme pronto al día siguiente y aprovechar la mañana antes de regresar a Barcelona.

A eso de las cinco de la madrugada comenzaron a asaltarme unas tremendas pesadillas en las que estaba en el interior de una sala cilíndrica, cerrada a cal y canto pero vagamente iluminada por alguna fuente cuyo origen fui incapaz de determinar. El techo era altísimo y no llegaba a abarcarlo con la mirada, y todo a mi alrededor eran estanterías llenas de extraños libros. Aun dentro

de mi duermevela logré entender que ya había estado ahí antes, en otra pesadilla: la motivada por el desmayo que tuve la última vez que estuve en la ciudad. Escuchaba extraños ruidos provenientes del exterior y, como me empezó a invadir una sensación abrumadora de creciente temor, decidí quedarme quieto, sin mover un solo músculo y me tumbé sobre una mesa vieja y carcomida, que bien podía estar llena de bichos, teniendo en cuenta su aspecto y estado de conservación. Incliné la cabeza lentamente entre los brazos, me dejé hacer y no tardé en perder el sentido del tiempo y el espacio.

Cuando desperté, estaba tremendamente cansado. La cabeza me daba vueltas y me sentía muy mareado. Quise mirar qué hora era, pero no llevaba más reloj que el que había pertenecido a mi abuelo y a mi tío abuelo, y que marcaba la eterna hora de las 5:05. Estaba en pijama y sentado en una silla.

Lo aterrador, lo terriblemente pavoroso que empezó a acontecer aquella noche, fue que, cuando recuperé el sentido de la consciencia y de la realidad, comprendí que no estaba en mi habitación del hotel. Me encontraba, de hecho, en lo que parecía ser una biblioteca pública, aún cerrada al público, y cómo había llegado hasta allí era para mí un completo misterio.

Tuve que soportar la vergüenza de encontrarme en un lugar público vestido con pijama y salir de allí como un furtivo, sin que nadie se percatara de mi presencia. Por fortuna, la seguridad de los edificios está diseñada

No obstante, por una vez la fortuna les sonrió de singular manera y notaron que, tras un estrechamiento especialmente angosto, su perseguidor golpeó con violencia contra las paredes cilíndricas del túnel, provocando un peligroso corrimiento de tierra que lo separó de manera definitiva e irrevocable del otro lado. Aun así, ambos hombres no dejaron de correr ni miraron hacia atrás, y no fue hasta que se cruzaron con el urbanista, alarmado por la avalancha que acababa de sentir, que se detuvieron a tomar aire y se dejaron caer al suelo, completamente exhaustos.

Cuando su compañero de descenso, completamente desconcertado, les preguntó por lo sucedido, el doctor y el empleado de la alcantarilla coincidieron en decir que un movimiento inesperado de tierra había sepultado al otro miembro del grupo. El urbanista insistió en intentar ayudarlo y, al ver la negativa de los otros en sus rostros, fue él mismo al lugar del incidente, pero no tardó en convencerse, por medio de sus conocimientos, de que ese tramo del túnel era completamente irrecuperable.

Al otro lado quedaron también los alucinantes bajorrelieves que vieron en su avance, y de cuya existencia ya no queda más que el testimonio de mi amigo, pues el trabajador del alcantarillado sufrió hace relativamente poco tiempo un infarto del que no logró recuperarse, tal vez facilitado por un corazón sometido a demasiada tensión en el pasado.

En todo caso, ambos decidieron no narrar nada de lo sucedido y, una

vez que fui partícipe de la historia, pude aportar mi propio granito de arena para validar todo esfuerzo en dicha dirección.

En primer lugar, porque lo que el doctor Morán encontró era sólo un trozo de lo que llegó y se escondió en el interior del Templo de Debod en su brutal y cataclísmica incursión en nuestra realidad. Con bastante seguridad, al escaparse trazó una vía de fuga, o quizá inicialmente tuvo la suerte de encontrar un túnel que discurría bajo el sótano del templo y, una vez que fue lo suficientemente fuerte y estuvo recuperado, comenzó la tenebrosa tarea que le había sido asignada.

Durante mucho tiempo elucubramos dónde podían estar esos otros fragmentos de los que no teníamos noticias y no tardamos, con horror, en darnos cuenta de ello. Era poco lo que conocían de nuestro mundo, limitado al entorno de la Baja Nubia en el que estuvieron recuperándose del agotador viaje efectuado, y —cuando llegaron las inundaciones y los posteriores traslados— debieron aprovechar para colarse cada uno de ellos en uno de los templos, quedándose un último allí mismo, tal vez debajo de Abu Simbel, de manera parecida a como haría un comandante desde su base de operaciones, con la salvedad de que la comunicación con sus soldados es perfecta, pues en el fondo son él mismo.

Eso nos llevó a una terrible hipótesis, que por desgracia la intuición me dice que es correcta, aunque desearía pensar lo contrario. En la exploración al subsuelo del Templo de Debod,

suelo e incluso el aparentemente inalcanzable techo, nubló por completo su juicio y le sirvió para darse cuenta de que estaban ante fuerzas que no obedecían a las leyes de la lógica y, menos aún, de la naturaleza.

Es poco lo siguiente que quiso contarme el doctor, y yo tampoco quise obligarlo a que lo hiciera. El relato de su huida no iba a ofrecermé ningún dato que me fuera a resultar de interés y, por el contrario, su rememoración poblaría las noches de mi amigo de inagotables pesadillas. Por lo poco que me contó por propia voluntad, el exterminador, al notar que esa criatura avanzaba arrastrándose hacia ellos a lo largo de la rampa a una velocidad mayor de la esperable por su aspecto inicial, sacó el fumigador más grande que poseía, con la esperanza de detener su avance. Sorprendentemente, una observación del doctor me hizo dar con la clave de por qué aquel ser nos había puesto sobre la pista de su existencia, pues al ver la máquina su avance no sólo no se inmutó, sino que, por el contrario, *se movió más deprisa*. Tal hecho no hace sino constatar algo que ya sospechaba, y era que dicha criatura, aún débil, necesita contactar de manera gradual y prolongada con manifestaciones de nuestro progreso, para así infectarlo con su semilla emponzoñada y comenzar la pausada pero continua incursión en nuestro mundo que, como soldado y ejército al mismo tiempo, ha venido a devastar.

El doctor, ayudado por el trabajador del alcantarillado, se alejó varios metros de la posición en la que estaban, impulsados por los gestos del exterminador,

al que apenas podían ver con la linterna. Tal vez fuera una suerte para ellos que fuera así, puesto que tiempo después estudié cómo funciona el aparato digestivo de la mayoría de los equinodermos, consistente en un estómago reversible que segrega jugos gástricos y digiere a las presas por fuera, y concluí que no fue en absoluto piadosa la segura muerte que aconteció a aquel hombre. Los gritos que profirió y que el doctor fue completamente incapaz de describir sustentan tal pensamiento por mi parte.

Su sacrificio, sin embargo, no fue en vano, puesto que le otorgó a los otros dos fugitivos una ventaja preciosa e incalculable, teniendo en cuenta la edad del doctor y su prolongado cansancio. Detrás de ellos escuchaban el horrendo murmullo de las ventosas ingurgitando su alimento, y eso les dio fuerzas de flaqueza para no detenerse ni mirar atrás en lo que tuvieran un solo aliento de vida.

En mitad de su trayecto, sin embargo, comenzaron a notar que nuevamente eran perseguidos, ya que la tierra se movía como si estuvieran en el vórtice mismo del Apocalipsis. Evidentemente, aquella aberración segmentada había crecido con respecto a la última vez que recorrió aquellos túneles y se estaba abriendo paso de manera precipitada para llegar hasta ellos. Soltaron todo objeto que no resultara completamente imprescindible con tal de no perder las linternas, de las que bien podía depender su vida, y prosiguieron la angustiosa carrera en busca de aire fresco y la posible salvación en forma de rejilla del sótano del templo.

en general para que la gente no pueda entrar, no para que no pueda salir, y no tuve especiales problemas en escaparme antes de que el local abriera oficialmente.

Desde dentro no reconocí la biblioteca en la que estaba, pero a medida que llegaba a la salida pude identificarla como la que se encuentra en Puerta de Toledo; un bloque cilíndrico que, como pude averiguar más tarde, constituyó todo un hito arquitectónico en su época. La sala circular en la que había despertado correspondía a la de lectura, en la parte superior. Salir de allí no ofreció problemas, pues el edificio poseía una escalera externa para llegar a una terraza superior, que me limité a utilizar en sentido descendente.

Dado que no tenía encima nada más que el reloj, tuve que ir andando hasta que llegué a mi hotel y la caminata no fue cosa corta ni trivial. Tuve, además, que soportar toda la humillación de tener que dejarme ver así por los empleados de la conserjería al pedir la llave de mi habitación —que yo no poseía, porque estaba *dentro* de ella—, hasta lograr convencerlos, tras mucho rogar, de que me dieran la copia. Una vez allí respiré hondo, me senté al borde de la cama —completamente deshecha, como si acabara de levantarme—, me llevé las manos a la cabeza y traté de averiguar qué demonios había pasado. Es difícil describir la imperceptible sensación de miedo que me atenazó en ese momento, ya que acababa de efectuar una acción completamente inconsciente y en contra de mi voluntad. La incertidumbre me llenaba de pavor, pues

no sabía si al día siguiente, cuando estuviera durmiendo, volvería a sucederme algo similar.

Sin embargo, por estúpido que pueda sonar, intenté olvidarme de todo aquello como si fuera un episodio aislado, con la patética esperanza de que, si cerraba los ojos a lo sucedido, no volvería a ocurrir y de ese modo lograría olvidarlo. Un día lo contaría —un día muy lejano, en una tarde de risas en un bar— y ahí se quedaría todo.

Cuando regresé a Barcelona ese mismo día y llegó la hora de irme a dormir, un temor completamente lógico me invadió a la hora de meterme en la cama y cerrar los ojos. ¿Y si volvía a sucederme? ¿Qué es lo que diría? ¿Me estaba volviendo loco? Tal vez sólo lo había imaginado. Como uno puede imaginarse, apenas logré dormir en toda la noche, estando como estaba presa del nerviosismo, pero finalmente, a eso de las cuatro de la mañana, el cansancio fue más fuerte que el pánico y caí redondo, en un tenebroso sueño sin sueños.

Al día siguiente, al despertarme, comprobé con una indescriptible sensación de alivio que estaba en mi piso y dentro de mi cama. A medida que me levantaba, me iba arreglando y preparaba el desayuno, iba pensando en lo ocurrido el día anterior, a cientos de kilómetros de allí, como si fuera un hecho del pasado, como si ni siquiera hubiera sucedido en realidad y lo hubiera visto en una película o leído en un libro. Nuevamente mi vida volvió a su cauce de normalidad y a veces recordaba el suceso de ese día, pero

como si yo no hubiera sido su protagonista, como algo ajeno a mí, que le sucedió a otro, más inexperto, más estresado que yo.

A veces tenía pesadillas en las que me iba a dormir y despertaba en un lugar distinto, pero no las calificaba como malas ni como anómalas. Me estaban ayudando a luchar contra algo que pugnaba en mi interior por hacerme ver que debía estar alerta. Ahora lo sé, pero no lo sabía entonces.

El horror regresó a mi mundo cuando nuevamente, en otro viaje a la capital, al ir a dormir en la pensión en la que paraba, volví a tener una pesadilla igual de vívida que en la de mi última estancia en la ciudad. Había algunas diferencias notables, sin embargo: la habitación era distinta, con una forma como de fortaleza, por lo poco que pude deducir, ya que seguía igualmente aislado del exterior. Comprobé que allá donde debía de haber ventanas había unos extraños jeroglíficos que era incapaz de reconocer a simple vista. Traté de dominar el miedo intentando utilizar mis conocimientos de criptografía para descifrarlos, pensando que serían alguna sencilla variante de un cifrado de trasposición, o como mucho un cifrado en flujo, pero resultaron ser una variante tan compleja que me hizo pensar que tardaría tanto en descifrarlos como en intentar averiguar la clave del RSA usando sólo bloc y bolígrafo.

Tuve la tentación de visitar el resto del edificio, pero su lóbreguez y el temor que me impulsaba por dentro a quedarme en la estancia en la que estaba hicieron lo posible por mantener-

me quieto. La sala era semicilíndrica y a través de su puerta abierta lo único que pude apreciar eran unos escalones que bajaban, lo que me dio la pista de que debía estar en lo alto, y eso, unido a la predominancia de lo longitudinal sobre lo ancho, me hizo pensar en ese edificio como en una fortaleza.

Había muchos libros, pero no quise acercarme a ninguno. Todo el entorno era asfixiante; estaba carcomido y apolillado. El olor era cerrado y penetrante, casi diría que viciado; me robaba la capacidad de razonar y de pensar con claridad, como si estuviera ahogándome poco a poco con monóxido de carbono, en muy pocas dosis, para que no notara agonía alguna, igual que en una muerte por desangramiento.

Lo peor era, sin duda, el ruido. El de esos gritos monstruosos que sonaban en el exterior, como gruñidos extraños de animales que era completamente incapaz de identificar, pero que no tenía interés alguno en conocer.

Nuevamente el cansancio no tardó en atraparme y, cuando me quise dar cuenta, otra vez caí dormido, con la duda rondando la cabeza de dónde despertaría, si no lo hacía en mi propia cama.

Al recuperar la consciencia, me incorporé bruscamente. Aún estaba aturdido, pero tenía claro que debía verificar cuanto antes si estaba o no en la cama en la que me había acostado.

Para mi desgracia, la pesadilla volvió a repetirse: me hallaba en el interior de una biblioteca vacía, de nuevo antes de la hora de apertura, y de forma arquitectónica análoga al monstruoso edificio de mi pesadilla,

truosas dimensiones al apéndice madre originario.

Era, como bien digo, sólo parte del ser completo, pero en sí mismo albergaba secretos de la ciencia que superan las barreras de nuestro entendimiento físico y químico, tanto a nivel microscópico como macroscópico. Porque, aunque era sólo *parte* de la criatura, al mismo tiempo lo era *todo* y el paso del tiempo no sólo lo regeneraría como un nuevo engendro radiado de aberrante simetría pentagonal, sino que su consciencia estaría plena y poderosa en ese ser, al mismo tiempo que en cada uno de los otros fragmentos separados. Con el paso del tiempo recordé los poderosos avances que la ciencia moderna ha realizado en la llamada teoría cuántica, y el experimento de Einstein, Podolsky y Rosen, por el que los cambios efectuados en un átomo afectaban a otro previamente entrelazado con él, aunque estuviera a miles de kilómetros de distancia. Esa perversión que el mismo Einstein no pudo más que rechazar, ese experimento contraintuitivo e incomprensible que hizo que llamara a esta disciplina “cálculo mediante genuina magia negra”, se manifestó en todo su esplendor ante los ojos de estos infortunados sujetos, desvaneciendo así toda esperanza de que, por mucho que el mundo microscópico sea extraño y caprichoso a ojos humanos, podamos controlar y comprender los procesos que rigen el mundo macroscópico. Aquel ser, con su naturaleza al mismo tiempo de virus y de equinodermo, que siempre era uno pero en muchos lugares, e incluso varias veces en los apéndices anélidos

que más tarde se separarían para nuevamente dar lugar al proceso autosemejante, derribó para siempre los muros de la razón lógica de esos hombres y me hizo comprender, aunque sólo fuera por las pobres elucubraciones de un afromante egipcio que nada sabía de matemática superior, por qué era llamado la Perversión Fractal.

Poco más fue lo que pudieron ver sin que aquella cosa acabara por reparar en su intrusión y girara ambas puntas hacia ellos, como si los mirara a pesar de no poseer ojo alguno a la vista. El doctor Morán se dio cuenta, y supuso que los otros también, de que a lo largo de estructura no sólo se dispersaban los clásicos pies ambulacrales que caracterizan a las estrellas de mar, sino que había gran cantidad de delicados surcos que (y esto nunca ha llegado a admitirlo más que justificándolo como un acceso de locura), en ciertos momentos, principalmente cuando la criatura se estiraba para avanzar como un fuelle, eran sorprendentemente parecidos a los bajorrelieves que habían dejado atrás y aún los rodeaban.

De la sala donde el Escindido se encontraba apenas pude saber nada, pero la escasa impresión que se llevó el doctor por los flases de luz que, al fin, pudieron comprobar que emanaban de la propia criatura, era que poseía una forma geométrica en nada caprichosa ni fruto de una aleatoria erosión, pues contaba con una rampa espiral. El hecho de que estuviera rodeada de un interminable mural representando aquella ciudad de pesadilla a lo largo de paredes,

que, a medida que avanzaban, como si fuera un mosaico de infinita multiplicidad concebido por M. C. Escher, comprobaron que el mural rodeaba todas las partes del lugar por el que iban avanzando, prolongando de ese modo la ya de por sí monstruosa ciudad y su infinito laberinto de túneles y torres proyectivas. Se sintió como si alguien hubiera dado la vuelta a una columna de orden jónico, la hubiera tumbado y los hubieran encerrado en su interior para que lo recorrieran de punta a punta. Por otro lado, sus dos acompañantes no estaban menos maravillados ante semejante descubrimiento.

Cuando llevaban unos trescientos metros de avance por esa ruta, que era a la vez obra de arte, empezaron a escuchar un ruido continuado y quejumbroso, que en principio pensaron que provenía de una garganta animal, pero que no tardaron en identificar como el roce de algo contra las paredes de arenisca. El exterminador, pensando que ya habrían llegado a la madriguera de sus presas, alistó los artilugios fumigadores y se preparó para lo que pudiera encontrar, aunque en su fuero interno también estaba prevenido contra posibles amenazas humanas que vivieran allí y, por malicia o descuido, hubieran propiciado o facilitado el crecimiento y posterior avance de la plaga.

Este mismo hombre fue el primero en vislumbrar una nueva penumbra y en darse cuenta de que el túnel se abría paso hacia una amplia sala, en la que lo primero que notó fue que el camino terminaba hasta conver-

tirse en abismo nuevamente. Fue apenas cosa de diez segundos el tiempo que estuvo quieto de pie, mirando a la enorme sala de forma pseudocilíndrica que, por efecto de una luminiscencia que parecía estar en movimiento, se veía bañada por una contrastada combinación de claridad y penumbra.

En esos diez segundos, si hubiera podido tomar las riendas de la situación, podría haber extendido los brazos, impidiendo de ese modo que sus compañeros compartieran la visión que a partir de entonces llenaría sus noches de pesadillas no tan palpables pero igual de vívidas que las mías. Pero no puedo culparlo, porque si yo hubiera estado en su lugar sin los conocimientos horrendos que había obtenido, y que me habían preparado ante monstruosidades sin nombre que hollaran la Tierra, también me hubiera quedado petrificado de puro pánico al ver el avance en surcos de viscoso acordeón que estaba practicando Tehhein el Escindido.

Explicar la naturaleza de este ser de manera que no pervierta los cánones de la proporción y la genética mendeliana resulta una tarea poco menos que imposible. Las esforzadas y valientes descripciones que de él me hizo el doctor Morán trajeron a mi recuerdo demonios matemáticos como el conjunto de Mandelbrot o el triángulo de Sierpinsky. Pues, aunque sólo era uno de los cinco trozos centrales que debieron componer su estructura, en la punta se reconocían terribles apéndices que estaban desarrollándose para igualar en mons-

o debería decirlo al revés, salvo por detalles como la presencia cercana del techo sobre mi cabeza.

Otra vez estaba en pijama y nuevamente tenía el reloj conmigo, marcando la hora endemoniada de las 5:05. La diferencia fue que al salir de allí no tenía ni idea de qué zona de la ciudad era ésa y tuve que caminar hasta un metro para conocer dónde estaba.

Resultó que me encontraba cerca de Bravo Murillo, próximo también a la Ciudad Universitaria, por lo que, afortunadamente para mí, tras media hora de vagar sin rumbo fijo, y cruzarme con sorprendidos trabajadores trajeados, logré ponerme en ruta hacia mi pensión, más cerca que la última vez.

Al contrario de lo que cabía esperarse, mi desesperación fue bastante contenida. Si bien aquello ya me había sucedido dos veces, empecé a identificar ciertos patrones. Uno de ellos era que sólo me sucedía en viajes a Madrid y pensé si no habría cierto estrés postraumático, debido a que fue allí donde tuve aquel desmayo por ver algo que no lograba recordar (de hecho, jamás conseguí hacerlo, aunque puedo sospechar lo que era —pero aún estaba lejos de ello en este punto de la historia—).

El reloj era otro elemento común a los dos sucesos. Pero intentar relacionar mi sonambulismo con el hecho de tener ese reloj era, cuando menos, una idea alocada. La clase de idea que hubiera sugerido mi compañero de investigación, de haberle contado lo acontecido.

Sea como fuere, no negaré que el miedo agarrotaba mis músculos al recordar estos dos incidentes, y por eso, poniendo como excusa que me encontraba mal de salud, decidí cancelar mi billete de tren para el día siguiente y regresar a Barcelona de inmediato. Una vez allí fui a visitar a un especialista, lo que además me supuso una coartada perfecta a mi excusa para marcharme prematuramente, y contarle que sufría de sonambulismo, minimizando —por supuesto— los síntomas que había experimentado.

El médico me sometió a numerosas pruebas, analizó mi comportamiento en una unidad del sueño, mi dieta, mi historial médico, mis posibles antecedentes familiares, test de personalidad, análisis hormonales, endocrinológicos, sesiones psicológicas —tengo una muy buena sociedad médica— y llegó a la conclusión de que estaba en perfecto estado de salud y de que, si sólo se cifera a los resultados obtenidos, lo más lógico sería suponer que me lo había imaginado todo. Y dijo eso, por no decir que le había estado mintiendo.

Eso me alivió sólo en parte, porque había un factor importante que no le había contado al médico: aquellos episodios extraños únicamente me sucedían en Madrid, como si algo maligno flotara sobre esa ciudad. Pero nunca se lo hubiera dicho así, claro.

Varios meses después tuve que ir a Madrid a efectuar una viaje de cortesía, para visitar a una amiga. A pesar de su insistencia para que me quedara a dormir en su casa —aún ignoro si con segundas intenciones—,

decidí coger una habitación en una pensión, pues me asaltaba el pánico por dentro de sólo pensar que alguien pudiera descubrir mi secreto. Consciente de que podría sucederme de nuevo aquello, dormí vestido, con dinero y la llave de la habitación en los bolsillos. Desde fuera puede parecer que me comportaba como un loco; lo entiendo y lo encuentro lógico, pero si alguien se pone en mi lugar comprenderá que tenía motivos más que fundados para actuar de semejante manera.

En algún momento de la noche, imagino que a la mitad, volví a tener la misma pesadilla de otras veces, y aparecí en un nuevo edificio, completamente distinto de los anteriores en forma, que no en función. Nuevamente su altura era insondable y no había manera de salir al exterior. Tenía dos plantas y la habitación donde estaba —que supuse que sería la futura sala de lectura, una vez que despertara— apenas tenía libros en su interior, por lo que me desplazé a la zona inferior, ya con la curiosidad suplantando al miedo.

El piso de abajo estaba lleno de estanterías de formas extrañas y ángulos obtusos, repletas de libros en desequilibrio y albergaba, por otro lado, una sala con imágenes apenas perceptibles, talladas en ciertos muebles podridos y muros rugosos y amorfos. Me acerqué a los libros y cogí uno de ellos. Pesaba bastante y parecía que en cualquier momento iba a deshacerse entre mis manos. Lo puse sobre una mesa no mucho mejor conservada y abrí una página al azar.

De las dos entidades que viven en el mundo que está dentro del mundo, Zestrun el Destructor es una de las más notables. No desea acabar con sus enemigos, sino pervertirlos y convertirlos en soldados a sus órdenes, y por eso sus intereses chocan con los de Warreh el Guerrero, que sólo desea la destrucción de todo y todos, por lo que ambos son enemigos encarnizados.

No entendí una sola palabra de lo que estaba leyendo, aunque sí reconocí el nombre de Warreh, puesto que en parte así se llamaba el grupo que tanto le gustaba a mi compañero. Intenté recordar todas las cosas raras que me había contado y a las que apenas hice caso, y nuevamente una terrible sensación de temor invadió mi interior.

Dejé el libro en la estantería y tomé otro en su lugar, que nuevamente abrí por una página al azar.

Más allá de los portales, sobre todas las naciones, ellos luchan por la supremacía. Tramposos por naturaleza, agotan todos los recursos que poseen para aumentar su poder. En especial adoran nuestra mente y nuestra pasión por inventar, y se apropian de nuestras ideas para pervertirlas y transformarlas en actos malignos, ya sea con un sentido práctico, ya sea por mero placer.

Seguía sin entender nada de lo que estaba leyendo. ¿De quiénes estaba hablando esos libros? ¿Qué tenía que ver conmigo todo aquello? ¿Era más que un sueño lo que estaba viviendo?

completamente seguro de haber errado los cálculos en torno a cuántos metros separaban el mundo exterior de aquella cavidad en la que estaban caminando como laboriosas hormigas de regreso a la colonia.

De alguna manera extrañamente sorprendente, sin embargo, el doctor reparó en que en algunas de las paredes había bajorrelieves, representando escenas e imágenes que no reconocía en absoluto, con una técnica labrada absolutamente desconocida para él, pero que no le pareció que se hubiera efectuado empleando simples instrumentos de tallaje. Esa conclusión la llevó a cabo por el hecho de que la curvatura de aquéllos estaba asombrosamente mimetizada con la de los túneles en los que se estaban moviendo, como si la misma fuerza primigenia que hubiera horadado ese túnel hubiera realizado tal maravilla artística en su avance. El doctor trató de recordar todos los detalles concernientes a tan sorprendente descubrimiento, con independencia de su antigüedad, pero más tarde me confesó lamentar no haber estado preparado para documentar algo así de cara a las generaciones futuras. A la luz del conocimiento que puse a su disposición, sin embargo, empecé a comprender que tal vez eso sea lo mejor que pudo haber pasado al respecto.

Las imágenes representaban una ciudad en un estilo milenario, de la época del Templo de Debod, pero al mismo tiempo con un detalle y caracterización que poco o nada tenía en común con el de los egipcios, tan poco interesados, por ejemplo, en la representación de paisajes

en sus bajorrelieves. El doctor llegó a establecer una curiosa conexión al compararlas con Altamira; no por su simpleza, sino por la sensación que tuvo de estar viendo un mero esquema de algo que podría robarle el aliento, de comprobarlo con sus propios ojos. Aquella ciudad no se parecía a ninguna otra que hubiera visto o conocido antes, pero en ella veía labrada con claridad una entrada flanqueada por inmensas columnas, así como sorprendentes edificios de una altura que se perdía en los límites de la pared, rodeando el techo de la redondez que los envolvía y conectando con los de la pared de enfrente. Bajo los cimientos de esa ciudad se destacaba una arborescencia de túneles subterráneos entremezclados y comunicados a todos los niveles y alturas y, cuando la siguieron con la mirada, comprobaron que proseguía por el suelo y bajo sus mismos pies, convirtiendo de ese modo el bajorrelieve en un desconcertante mural cilíndrico, como si su creador no entendiera de orientaciones ni dimensionalidad, y tampoco le importara dejar un paso libre para la admiración de su obra. En todo caso, la sensación que tuvieron los tres hombres fue la de ser unos extraños no permitidos en el reino de un excéntrico genio, alguien que sólo deseaba estar en plena soledad y cuyo concepto del arte era una grotesca deformación mal entendida del de nuestros mismos antepasados.

Esa sensación se acentuó de manera difícil de comprender para mí cuando el doctor Morán me relató

sólo un túnel de la bifurcación principal no desembocaba en dicha catarata, y tanto el urbanista como el empleado de los subterráneos coincidieron en que parecía llevar dirección Este. Tras muchos recodos y recovecos se encontraron con una vieja estructura que sobresalía de la parte superior como un cadáver a medio enterrar. El urbanista no estaba muy seguro de a qué edificio podía pertenecer aquello, pero en todo caso debía quedarse y estudiarlo con calma por si hiciera falta reforzar aquella zona. De ese modo, los otros tres siguieron el camino y el urbanista se quedó allí a la espera de que regresaran, sin saber que aquella decisión posiblemente le habría de salvar la vida o —cuando menos— no la pondría en riesgo extremo. Más tarde supimos que aquella estructura era, de hecho, parte del Edificio España, situado no muy lejos del Templo de Debod, lo que les dio una idea de lo intrincado que era aquel lugar por dentro, al ser capaz de hacerles recorrer largos túneles sin cubrir grandes distancias. No obstante, no deseo confundir a nadie con respecto a las hipótesis que el doctor y yo albergamos sobre la longitud total de ese trazado, al que creemos tan considerable que prefiero esperar a que datos posteriores de la narración ayuden a comprender por qué pensamos de dicha manera.

El avance comenzó a ser cada vez más complicado y aparatoso y el túnel se estrechó de manera más que preocupante, hasta convertirse en un angosto pasillo con espacio para una sola persona por vez. Sus

paredes, con el paso del lento caminar, mostraron un aspecto a un tiempo más uniforme y caprichoso y ninguno de los presentes pudo siquiera aventurar qué podía haber creado algo así, aunque el doctor sugirió que la forma curva y ondulada le recordaba a la que podía llegar a provocar la erosión marina en los monumentos hundidos bajo el fondo de un insondable mar, y que acaso sería la misma que habría que buscar al intentar localizar la Atlántida en las simas oceánicas más profundas y oscuras, donde apenas hombre alguno ha llegado a provocar una chispa de luz.

Llegó un momento en que el camino se volvió casi en línea recta, como un tramo definido e imposible de eludir. La oscuridad era más y más penetrante, hasta que casi ni las linternas podían iluminar el lento y precavido avance de los tres exploradores. El ambiente era cada vez más cerrado y asfixiante, y ciertas peculiaridades de la descripción del doctor Morán me recordaron mi propia experiencia atrapado dentro de los extraños edificios aislados. Esos momentos en los que el catedrático estaba intentando dominar sus nervios fueron, de hecho, los que me dieron el valor suficiente para contarle sin tapujos la que había sido mi hasta aquel entonces inaudita e increíble experiencia, como un secreto terrible que al fin estaría a punto de ver la luz.

No había más que roca viva en aquella parte de los túneles, y habían bajado con tanta inclinación que el mismo trabajador del alcantarillado estaba

Me acerqué a las imágenes esculpidas en la otra sala y me concentré en distinguir una cualquiera de ellas. Se trataba de una estructura oxidada, situada junto a una colina descendente, que poseía varias plantas, un torreón y varias zonas más de función y forma difíciles de identificar, debido a la escasa nitidez de la imagen. Todas eran similares y parecía como si fueran postales de una monstruosa ciudad, o quién sabe qué podían representar. Recordé las palabras de mi compañero sobre la ciudad de Elloh y una sensación de auténtico pánico se apoderó de mis actos. No porque me creyera del todo lo que estaba sucediendo, sino porque me veía a un paso de la locura, mezclando sueño y realidad, sin saber distinguir qué era falso y qué era real. De hecho, ya ni siquiera los gritos o lo que fuera que provenía de afuera podía ponerme más nervioso que aquella incertidumbre que acababa de nacer en mi interior.

Traté de quedarme despierto, pero llegó un momento en que otra vez caí rendido, como un muñeco de hilos cortados, y desperté de un sobresalto nuevamente en una biblioteca desconocida para mí, de forma análoga a la de la anterior estancia de pesadilla. Esta vez, sin embargo, mis precauciones habían tenido éxito, pues estaba vestido con la ropa de calle con la que me había ido a dormir y llevaba dinero y la llave de mi habitación en los bolsillos.

Bajé a la planta inferior pero, antes de irme, sin embargo, me volví osado y miré las otras salas. Aquella que albergaba los libros infernales que había leído era la sala de préstamos

y las imágenes estaban en la zona de los atlas y las enciclopedias. Parecía como si hubiera una especie de monstruoso paralelismo entre la sala real y la de mis pesadillas.

Cuando salí de allí, con más problemas que otras veces, comprobé que estaba en la zona de Pacífico, y una vez que me situé no tuve problemas en encontrar el camino de vuelta a la pensión. Estaba orgulloso y satisfecho. Estaba enfermo y atrapado dentro de una pesadilla, pero una que estaba empezando a controlar.

Actualmente me planteo si no fui un estúpido por pensar así y si no fui quizá un títere atrapado por fuerzas más poderosas que las que cualquier hombre de cualquier época pueda concebir. Pero ya no hay marcha atrás para eso. Además, mi curiosidad científica actuó como motor de mis actos, pero también me cegó a sus consecuencias.

La primera prueba que llevé a cabo luego de eso fue comprobar qué sucedería si no llevaba conmigo el reloj. No fue nada rápido ponerla en práctica, pues para eso tenía que regresar a Madrid, el único lugar —al parecer— en el que me veía sometido a semejante extraño comportamiento. Al fin tuve la ocasión de realizar la verificación en otro viaje efectuado por mero placer y en el que nuevamente un conocido me ofreció dormir en su casa, invitación que rechacé para alojarme en una pensión. Dejé el reloj en Barcelona —una de las primeras veces que no lo llevaba conmigo desde que lo recuperé—, pero cuando llegó la noche tomé las mismas pre-

cauciones de la ocasión inmediatamente anterior.

Nada cambió en absoluto. Las pesadillas regresaron, llevándome a una nueva biblioteca monstruosa, de similares características a las anteriores, y cuando desperté estaba, como era de esperar, en otra de las bibliotecas normales y corrientes de la ciudad. Cuando me llevé la mano al bolsillo pude comprobar que el reloj estaba ahí, como si nunca lo hubiera dejado. Hay veces, de hecho, en que llego a dudar de si mi percepción y mis recuerdos no me habrán jugado una mala pasada y acaso lo llevé conmigo en realidad.

En uno u otro caso, ya fuera por enajenación mental o por otros motivos que prefiero no pensar, no tardé en concluir que el reloj era una pieza clave de lo que estaba sucediéndome. Teniendo en cuenta las circunstancias en que lo perdí, no es nada descabellado el hecho de que acabara deduciendo que debía haber alguna extraña relación entre lo que me estaba pasando y el Templo de Debod, que a veces se me aparecía en mis pesadillas cotidianas, aquellas que no me desplazaban más que en el terreno de lo onírico.

Comencé así una investigación exhaustiva acerca del templo, por la que conozco la mayoría de los datos que mencioné al principio de mi historia y muchos más que no viene a cuento mencionar en este momento. Sin embargo, por mucho que buscara y que elucubrara en torno a los vacíos de información respecto de ese monumento de adoración divina, no había nada de lo que pudiera encontrar que me

ofreciera pistas del motivo por el que me estuviera pasando todo aquello, y mucho menos que estableciera una conexión coherente entre él, el reloj y yo mismo. Si bien había ciertas pistas, como que ese reloj ya pudo estar previamente en contacto con el templo por medio de uno de mis antecesores, había un eslabón completo de la historia que desconocía y que me impedía rellenar, aunque fuera en parte, ciertos agujeros desconocidos y cruciales de ella.

En consecuencia, di un paso más que, de haberlo pensado con más calma, hubiera razonado que me conduciría a la locura, pero mis ansias por saber qué era lo que me estaba sucediendo, unido al hecho de que me sentía solo e incapaz de contarle a nadie lo ocurrido, me llevaron a tomar una valiente pero temible determinación. Jugaría con las reglas que se me habían impuesto y, como no era capaz de obtener datos útiles por medio de procedimientos estándares, haría un esfuerzo de supresión de la realidad y trataría de encontrar lo que buscaba por métodos mucho menos ortodoxos.

No fue difícil convencer a mi tutor de que una semana en Madrid, hablando con expertos en mi materia, me sería de gran utilidad para investigar por mi cuenta y salir del atasco en el que estaban mis estudios, atasco, por supuesto, no motivado por otra cosa más que mi creciente obsesión con lo que me estaba pasando. Alquilé una habitación por todo ese periodo y no llevé conmigo más equipaje que mi or-

de esos relieves que serán presentadas en el próximo congreso de arqueología, que tendrá en Madrid. Si bien la curiosidad tira de mí para conocer dichas imágenes, no iré a ninguna de las charlas, por motivos que revelaré más adelante. El mismo doctor, una vez que conoció el resto de mis experiencias, trató de impedir que dichos jeroglíficos fueran estudiados, alegando que se trataba de una farsa realizada por algún pobre estafador que usaba dichos túneles, pero fue demasiado tarde para frenar el interés por ellos, aunque por fortuna ganó una minúscula pero importante batalla al prohibir la presencia cercana de toda clase de aparatos electrónicos en la zona, más allá de los estrictamente necesarios.

A partir de ese momento el trabajador de las alcantarillas se convirtió en el guía del grupo y, tras haberse orientado y efectuado un avance preliminar, esbozó a grandes rasgos que, en su opinión, los túneles no volvían a encontrarse más adelante, por lo que estaban en un pequeño laberinto. Como sea que la roca era blanda y permeable, decidieron señalar su camino realizando marcas al estilo de los algoritmos para recorrer un grafo completamente y regresar al punto de partida, lo que tiene su máxima utilidad en el trazado y exploración de recintos laberínticos, incluso aunque éstos no dispusieran de más salida que la propia entrada.

Tras varios infructuosos intentos y avances, en los que encontraban callejones sin salida, dieron con lo que parecía ser la traza de un río subterráneo y acabaron al pie de una inmensa catarata, tan grande que

no lograban ver dónde desembocaba, aunque el trabajador subterráneo supuso que lo hacía en la parte inferior del alcantarillado. Ciertamente, no tenían idea de cuánto habían podido descender, aparte de que el hecho de haber iniciado el recorrido en lo alto de una colina no hacía mucho por facilitar el cálculo de la profundidad. Lamentaron no tener entre ellos a un geólogo, aunque hubiera sido poco menos que adivinación suponer que podrían necesitar a alguien así, teniendo en cuenta lo que se proponían hacer aquella noche.

Tras regresar a la bifurcación principal y efectuar nuevas exploraciones llegaron otra vez a la misma catarata, sin que eso contradijera lo postulado por el trabajador de alcantarillado, puesto que era tan ancha que las salidas de los túneles no estaban ni cerca de encontrarse, y apenas podían verse desde donde estaban en ese momento. Al enfocar con la linterna vieron otros túneles en el margen frente a ellos, pero el hecho de estar a una altura desconocida, pero que —en todo caso— no era inferior a doscientos metros, les confirmó que no sería un buen camino a seguir. El doctor y yo hemos especulado largo y tendido sobre esos túneles y el camino que deben seguir, pero exploraciones posteriores los encontraron cegados e impracticables, y tal vez sea mejor así, de cara a una ulterior supervivencia de nuestra especie frente al horror que creemos que pudieron albergar en su interior.

No tardaron en confirmar, tras un exhaustivo y minucioso estudio, que

contrario y —de no ser por ciertos indicios que mencionaré más tarde— yo mismo fui el que estuvo a punto de no lograr creer lo que el doctor me tuvo que contar a mí.

Tras un análisis preliminar del basamento del templo, se llegó a la conclusión de que aquella pequeña plaga se había filtrado por el suelo, posiblemente al nivel inferior. Eso alivió en parte al doctor, ya que —como conté anteriormente— éste era de uso exclusivo de los trabajadores del templo y no tenía nada que ver, en términos arqueológicos ni egipcios, con él. Sin embargo, aunque le sugirieron que, si lo deseaba, podía irse a dormir, dado que su presencia ya no era necesaria, decidió quedarse, pues quería comprobar cómo se aseguraba la zona, además de sentirse preocupado por las piezas en restauración guardadas en ese nivel, las cuales —si bien se encontraban protegidas y eran periódicamente revisadas— podían perderse debido a la acción de esos animales, arruinando siglos de antigüedad en cuestión de horas.

El exterminador localizó un rastro que, si bien no le recordaba al de ningún animal al que se hubiera enfrentado anteriormente, no le fue muy difícil seguir y discernir su recorrido. Debido a que acababa en una rejilla del tamaño aproximado de una persona, la abrieron y exploraron en su interior. La primera sorpresa vino cuando encontraron un amplio túnel excavado en el estrato natural de la roca, que parecía perderse en la oscuridad. Era tan grande que bien podían entrar por él sin apenas tener que agacharse,

aunque el urbanista pasó ciertas dificultades en el avance. Sólo él y el exterminador bajaron en un principio y, tras una larga e interminable hora de espera, regresaron nuevamente instando al trabajador de la alcantarilla y, sobre todo, al doctor, a que se acercaran cuanto antes. Parecían estar sumamente excitados y nerviosos y el doctor no pudo discernir si se debía a miedo o satisfacción.

Comenzaron a caminar por el túnel, que resultó ser mucho más largo de lo que parecía en un principio, y llegaron a una bifurcación de cinco caminos, todos muy similares en morfología y tamaño. Pero lo más peculiar no fue eso, sino que, haciendo uso de las linternas —sin las cuales ya no se podía ver nada allí dentro—, señalaron al doctor una pared en la que parecía haber unas marcas en nada aleatorias. Morán las miró con suma atención y concluyó que eran muy similares en estilo a las realizadas en el Imperio Medio, pero que presentaban leves diferencias, como si hubieran sido realizadas por un imitador de tiempos modernos. Además de eso, en los jeroglíficos había, al parecer, referencias a una ciudad e incluso una imagen, aunque presentaban la peculiar cualidad de estar algo borrosas, siguiendo una dirección oblicua, casi horizontal. Estaban dispuestas muy cerca del suelo, como si el hecho de que estuvieran ahí fuera meramente incidental. Asimismo identificaron, a partir de ese momento, más marcas similares, pero todas ellas en un estado mucho más irreconocible y degradado que esa impresión inicial. Se hicieron fotografías

denador portátil, un par de mudas y grandes cantidades de cuadernos y blocs de notas.

La primera fase de mi descabellado plan era sencilla: para el primer día, me dediqué a visitar y conocer todas las bibliotecas de la ciudad que pude abarcar, de modo que el factor sorpresa al despertar fuera el mínimo posible. Además de eso, en todas ellas me fijé y apunté de qué tipo eran los libros que se encontraban en el primer estante a la derecha de la entrada a la sala de préstamos. En algunas de ellas esta ubicación podía ser ligeramente distinta, pero traté de ser lo más metódico posible. Con esto pretendía validar o refutar una sospecha que tenía acerca de los contenidos de esas bibliotecas de pesadilla.

Al caer la noche no sólo me llevé conmigo la llave de mi habitación y dinero, sino también un bloc de notas, lapicero y bolígrafo y una cámara digital. Por un momento estuve a punto de echarme atrás, preguntándome qué clase de horror sentiría si por algún motivo, al tomar fotografías, resultaba que lo que vivía no era una pesadilla, sino que había estado todo ese tiempo en lugares reales, auténticos infiernos en la Tierra, escondidos detrás del mundo estable y determinista, al menos a gran escala, que nos rodea. Pero preferí no seguir por ese camino, pues sin duda era el de la locura.

Al caer la noche y quedarme dormido, no sin ciertas dificultades debido a la excitación, comprobé al despertar que llevaba conmigo, en efecto, todo el equipo que había preparado. El nuevo entorno era novedoso

para mí, por lo que deduje que estaba en una flamante biblioteca de la ciudad o donde fuera que estuviese en ese interregno entre el sueño sin sueños y la vigilia del amanecer. Nada cambió en términos generales en mi situación: los techos eran insondables; tampoco podía salir del edificio y ni por asomo deseaba hacerlo, pues seguían escuchándose aquellos gruñidos que bien podían pertenecer a bestias procedentes del mismísimo Averno. Cuando enfoqué con la cámara hacia arriba comprobé que, por mucho que usara el flas, no lograba iluminar lo suficiente para poder distinguir qué era lo que tenía sobre mi cabeza y hasta qué altura llegaban aquellas fortalezas sitiadas que resultaban ser versiones malignas y perversas de las bibliotecas públicas, esos guardianes a menudo menospreciados y desdeñados de nuestra valiosa cultura.

Realicé numerosas fotos del lugar y apunté todo lo que me pareció interesante reseñar, además de elaborar un bosquejo de la zona, con la esperanza de encontrar diferencias en el plano de la biblioteca normal con la de mis pesadillas. Después de eso me acerqué al primer estante junto a la puerta, a su derecha, y cogí varios de los libros que en ella había. Tras ojearlos con calma comprobé que consistían en tratados sobre bestezuelas repugnantes y monstruos como Darwin jamás había soñado que pudieran existir. Saqué fotos de todas las páginas que pude, hasta rebasar el límite de la tarjeta de memoria, y tomé notas aisladas de algunos párrafos, como muestra del contenido del libro, con la intención de compilar todos los

datos que pudiera para probar que lo que me estaba sucediendo iba más allá de los límites de lo meramente psicológico.

Cuando el sueño se apoderó de mí, por mucho que traté de luchar contra ello, desperté en una de las bibliotecas que ya había visitado, en el Barrio del Pilar, con una peculiar fachada acristalada e inclinada, pero que no había reconocido debido a la sobrecogedora diferencia estética que poseía con respecto a la que acababa de dejar atrás. Salí de allí a toda prisa, cogiendo todo el equipo y, en cuanto estuve fuera y abordé el primer autobús que pasó, lo primero que hice fue revisar las fotos, con creciente nerviosismo por ver los resultados.

En ese momento mi decepción fue mayúscula, pues todas ellas eran completamente negras, algo que podía resultar bastante lógico, teniendo en cuenta no sólo la oscuridad imperante en el lugar, sino que el halo que me salvaba de las tinieblas provenía de una fuente lumínica de naturaleza no identificada para mí, pese a los otros viajes similares que había realizado, como para poder conocer su origen.

Pero mi mayor desilusión, lo que estuvo a punto de quebrar los límites de mi cordura, fue el hecho de que el bloc de notas estaba completamente en blanco, salvo las anotaciones que pude haber realizado *antes* de tener la pesadilla. Aquello no hizo más que sumirme en un estado de plena incertidumbre. A pesar de lo que había visto, y de lo que había vivido, no tenía pruebas de lo ocurrido.

Entonces se me ocurrió sacar el lapicero y observarlo con detenimiento. Mi impresión era que su punta había menguado, tal vez ligeramente, pero estaba casi seguro de ello, aunque siempre queda un resquicio para la duda razonable en la mente de todo científico experimental. Por tanto deduje que, sea lo que fuese lo que me había pasado, era de alguna naturaleza *real*. Tal vez escribía en sueños, tal vez era una nueva clase de sonambulismo que me hacía ver visiones. Pero éstas eran de una naturaleza única y especial.

Al comprobar las notas previas del bloc, de hecho, esa teoría se vio reforzada, pues me di cuenta de que, siempre según ellas, los estantes que había consultado estaban llenos de libros de biología. Mi hipótesis parecía cierta, por lo tanto, y aquellas bibliotecas poseían información en cierto sentido paralela a la que albergaban las bibliotecas normales.

Eso sugería una tenebrosa y terrible hipótesis: ¿acaso estaba en una realidad paralela, otro mundo, otra ciudad, como si fuese un espejo de aquella en la que tenía las pesadillas? ¿Cómo era esa ciudad terrorífica vista *desde fuera* de aquellos bastiones fortificados en los que me veía encerrado? ¿Acaso quería saberlo, teniendo en cuenta los gritos inhumanos que provenían del exterior?

Sea lo que fuere que estaba sucediéndome, al menos tenía claro cómo saber más sobre ello. Por eso traté de pensar la manera más lógica de buscar la información que estaba deseando obtener.

Llevaba años luchando para que en España se fundara la carrera de Egiptología, algo que acabó ocurriendo en el año 2011, aduciendo que éramos el único sitio del mundo —casi— donde no existía tal especialidad. Era también uno de los principales detractores de la gestión llevada a cabo por el Ayuntamiento de Madrid con respecto a la conservación del templo, que sufría deterioros graves y constantes por culpa del vandalismo y la cada vez más ponzoñosa contaminación. Por eso no le resultó difícil obtener el apoyo de sus colegas en el último congreso internacional, celebrado en Bruselas, para desmontar y explorar las piedras de las criptas y así confirmar su teoría.

Como todo investigador, el doctor había formulado una hipótesis al respecto para explicar la posible existencia de dichos agujeros: que en el pasado animales pequeños como ratas pudieron alojarse en ellos y que, al saquear en secreto las viandas depositadas para los dioses, perpetuaron la creencia de los egipcios de que sus ofrendas no estaban siendo en vano.

Lo que encontraron, sin embargo, sólo corroboró esta teoría a medias. Uno de los bloques, en efecto, poseía un agujero. Lo verdaderamente extraño fue que, salvo por una minúscula oquedad del tamaño de un dedo, el agujero estaba totalmente incomunicado del exterior. Al examinar el bloque de arenisca con una microcámara pudieron comprobar que tenía una forma más o menos estrellada.

Experimentos posteriores —cuya naturaleza escapa a mis conocimientos científicos— demostraron que

ese vacío no era muy antiguo y que de hecho era muy reciente (no más de cinco décadas de antigüedad), por lo que la teoría de las ratas tuvo que ser sustituida y revisada. De hecho, este descubrimiento se vivió con notable inquietud entre los expertos en la materia, pues parecía probar la degradación del templo por una especie animal que tal vez seguía actuando en esos mismos momentos.

Por ese motivo, tras ponerme al corriente de los hallazgos encontrados, el doctor Morán me dijo que habían solicitado permiso para revisar la parte inferior del templo, con la intención de encontrar la madriguera de ese animal o animales y de evaluar los daños que hubieran podido sufrir otros bloques estructurales, tal vez erosionados o roídos por dicha criatura. Él mismo se apersonaría para supervisar la operación y también iría un urbanista del Ayuntamiento, un trabajador del alcantarillado subterráneo y un exterminador de plagas. Para entorpecer lo menos posible la faceta turística del templo y no alarmar a la población innecesariamente, la incursión se efectuaría de noche. Dado que aquello fue posible gracias a los datos que aporté, el doctor intentó que fuera admitido en la operación, pero no fue posible llegar a tal acuerdo. Sin embargo, decidí viajar a Madrid en esos días, con la esperanza de que los hallazgos encontrados pudieran servirme para seguir contando mi historia al doctor y que éste no me tomara por loco.

Pero qué lejos estaba yo de saber que estuvo a punto de suceder lo

zado por ambos bandos para poder tener paso libre y directo al mundo que se disputaban, y cuyo contenido ramificado albergaba no sólo el conocimiento de aquellas bibliotecas que se presentaban en mis vivas pesadillas, sino también el de libros antiguos y de contenidos capaces de enloquecer a aquel que los comprenda en su totalidad, como *Tiehleknud Eid*, de edición alemana, con origen en los tiempos de la imprenta y de paradero actual desconocido.

Pero aún no había alcanzado tales parcelas de conocimiento sobre el papel que tenía en los acontecimientos y planes de estos seres, y por eso, en mi ingenuidad, al intentar oponerme a ellos, lo que hice fue estar a punto de llevar a la humanidad toda derecho a su irrevocable pérdida.

4

Gran parte de lo que estoy a punto de contar ahora corresponde no a situaciones que viví de primera mano, sino que otros experimentaron, y que, por suerte para ellos, no llegaron a entender en su totalidad. Digo esto porque, en caso contrario, es posible que no hubieran podido mantener la cordura necesaria para transmitir-melas y de ese modo añadirlas al resto de la historia narrada hasta el momento.

Como sea que me sentía no sólo con el poder sino también con la necesidad de advertir a alguien acerca de mi descubrimiento, pero no podía confesar la manera en que había llegado hasta él, a riesgo de ser tomado

por loco o, cuando menos, por embustero, empecé a frecuentar los cursos de verano de la Universidad Complutense de Madrid en Egiptología. De ese modo logré acercarme ligeramente al círculo de interesados en esa área y empecé a establecer contacto por correo electrónico con el doctor Luis Morán, experto en la materia y antiguo profesor de la Cátedra de Egiptología de la Fundación General de la UCM. Este estudioso, que poseía una mente atenta y joven, a pesar de su edad, mostró un vivo interés cuando le conté lo relativo a que sospechaba que el Templo de Debod podía haber alojado alguna clase de culto a una deidad completamente extraña y arcana para nosotros, que tal vez incluso se remontara a tiempos anteriores al origen mismo de los jeroglíficos, y proviniera de los tiempos del lejano terremoto que asoló la zona, no el de finales del siglo XIX, sino uno más antiguo, perdido en la noche misma de los tiempos. También se mostró muy interesado al saber lo concerniente a mi desmayo y la pérdida de mi reloj, pues llevaba tiempo teniendo la teoría de que algunas de las piedras del templo podían estar horadadas por motivos inicialmente desconocidos. Por eso, sin saberlo, pensando que sólo estaría obteniendo información útil de cara a prepararlo para la verdad que tendría que contarle más adelante, puse a este buen hombre bajo un tremendo peligro que no era capaz de imaginar, a pesar de todo lo que había leído hasta ese momento.

El doctor Morán era una persona muy influyente y reputada en su círculo.

Pasé mucho tiempo, y no fue nada trivial el esfuerzo, pensando qué clase de conocimientos de una biblioteca serían los que me proporcionarían la información adecuada. Seguí visitando con afán incansable todas las que pude y anoté y memoricé las posiciones de los conocimientos que más convenientes consideraba. Historia, idiomas, geografía, astronomía... Por supuesto, tuve también un hueco ineludible para las matemáticas y, de hecho, de los muchos libros extraños que leí al respecto de esa ciencia en concreto, a pesar de la manera de expresarlos, tan inédita y sorprendente para mí —que me hizo pensar en los vectores, matrices y funciones como juguetes obsoletos—, logré extraer levísimos retazos de conocimientos que me permitieron llevar a buen cauce el resto de mi tesis doctoral y motivar en mí ideas para el resto de mi vida investigadora; ideas que serían pobremente desarrolladas, teniendo en cuenta lo que había tenido al alcance de la mano y que dejarían paradojas como la de Banach-Tarsky, o teorías como la de las cuerdas, en el lugar de meras anécdotas superadas del pasado.

En cuanto a la naturaleza de lo que me estaba sucediendo, de similar manera ocurrió que, si bien lograba leer la información sin problemas, un asunto distinto era *comprenderla* con propiedad. Nunca pude estar seguro de ello, pero pensé que bien podía estar en la insondable ciudad de Elloh que de vez en cuando mi compañero mencionaba en el pasado, aunque también podía ser cierto que esa ciudad podía ser, más que un lugar, un estado

de la mente compartido por diferentes personas de distintas épocas, algo nada ilógico puesto que, por mucho que seamos todos personas distintas, la materia que nos da forma y —en última instancia— consciencia no deja de ser, en términos racionalistas, esencialmente la misma.

No siempre acabé en bibliotecas que conocía, pero las veces que sí lo hacía extraía toda la información de cabeza, con el fin de recordarla y apuntarla lo mejor posible al despertar. Es por eso que es razonable que lo que pueda contar al respecto no sean más que vaguedades y retazos sueltos de información, que a veces pienso que nunca debí haber conocido ni haberme aproximado siquiera a conocer. Soy consciente de que, si unimos este factor al hecho de que los ruidos del exterior me mantenían en un constante estado de nervios, y de que además gradualmente iba perdiendo la capacidad de mantenerme despierto, lo poco que puedo contar es muy cuestionable y bastante poco fiable. Me cuesta tratar de poner comparativas al respecto, pues no creo que mucha gente haya pasado por nada así —si es que le ha ocurrido a alguien más que yo—, pero lo considero similar a cuando se trata de estudiar un libro de noche, o leer una historia y quedarse dormido a media lectura. Está demostrado y constatado que la asimilación de conocimientos es muy inferior a la que se efectuaría bajo mejores condiciones de lectura o estudio, y por eso todo lo que pueda contar no será ni la centésima parte de los muchos secretos terribles que

tuve al alcance de la mano y de la vista.

Siempre, según esos libros que consulté, nuestra realidad era algo así como el terreno en el que luchaban seres, dioses, monstruos, guardianes del reino de los muertos —no sabría cómo calificarlos— que pugnaban por diversos motivos que, en la mayoría de los casos, nos ponían en el punto de mira de sus muchas veces incomprensibles elucubraciones. De todos ellos los más importantes y poderosos eran Warreh el Guerrero y Zestrún el Destructor. Son rivales por antonomasia y sus motivos resultan ser completamente contrapuestos. El segundo de ellos desea corromper nuestra mente. No quiere acabar con nosotros, sino convertirnos en siervos a sus órdenes. En cierto modo, pretende erigirse en nuestro rey y crear un nuevo reino adecuado para aquello en lo que desea convertirnos. Fue mucho lo que leí acerca de este ser de aspecto desconocido y de aquellos que estaban a sus órdenes, o que tal vez formaban parte de él mismo, en una especie de repulsivo misterio de la trinidad, como Larama la Invisible o el Zurdo. También leí, para mi máximo terror, que era adorado por sectas, como SSK, que deseaban su advenimiento y su nuevo orden de psicopatía, caos y completa supresión de la moralidad y humanidad. Al principio era incapaz de comprender por qué podían desear algo así, pero no tardé en entenderlo, al saber más sobre su rival, el Guerrero.

Warreh no era tan adaptable como su oponente al respecto de nosotros. Su única intención para con nuestra especie es acabar completamente

con ella y prolongar su propio mundo en el nuestro. Pero llegar a éste no es cosa fácil ni arbitraria para él, de igual modo que la situación que me estaba pasando no era algo que ocurriera todos los días. Por ese motivo, ambos bandos, y otros seres no adscritos a bando alguno, comenzaron a aprovecharse de la ciencia como llave hacia nuestro mundo. Cuanto más avanzáramos en términos de progreso, tanto más fácil sería para ellos atravesar las barreras que separaban lo que siempre debería permanecer separado.

Warreh posee generales. Él mismo es el primer general de su ejército, pero hay otros que secundan sus actos. Si bien los hay que lo dejaron de lado, como el impío Bhaumb el Estático, llamado también el Traidor Dimensional, hay otros, como Tehhein el Escindido, segundo general de su ejército y de fidelidad intachable a su causa, que se ofrecieron para realizar una terrible y peligrosa incursión, no tanto para ellos como para nosotros.

La naturaleza única y especial de Tehhein, escondida en su número, el veinticinco, y en su símbolo, una estrella de cinco puntas con cada punta acabada en otra estrella de igual naturaleza, pero menor tamaño —que me recordó de manera inevitable el copo de nieve de Koch—, lo convirtió en el soldado perfecto para la incursión que pretendían realizar. El Guerrero acudió a otros poderosos seres, neutrales hasta aquel momento, como Asserlar el Observador y Riesfer el Guía, y los auspició para participar en el inédito experimento, de una

naturaleza que poco o nada tiene que ver con los nuestros, y que supone una burla a la ciencia en su totalidad y sus métodos racionales y motivados por la lógica de lo observable o medible. Por medio de estos procedimientos, de naturaleza por completo anómala y difícilmente comprensible por nosotros, lograron enviar a Tehhein a nuestro lado, realizando, eso sí, un terrible esfuerzo que debilitó de manera considerable al Guía, ya siempre a partir de entonces aliado ocasional del Guerrero, y que motivaron al Observador a permanecer neutral para siempre en semejante contienda, que apenas acababa de comenzar.

Así, Tehhein —también conocido como la Perversión Fractal— aterrizó en nuestro mundo, trayendo consigo grandes cataclismos, puesto que toda acción relevante que agita el entorno de estos seres se manifiesta, de una u otra manera, en el nuestro. Es posible —aunque sólo como una vaga hipótesis— que el terremoto que asoló la Baja Nubia tanto tiempo atrás tenga algo que ver con semejante acontecimiento de la Historia alternativa; aunque es muy osado decir una cosa así, pues si algo he comprendido es que estas criaturas, en términos generales, no están sujetas a leyes algunas que impliquen el sometimiento a la indomable voluntad del Cosmos.

Ése no fue, no obstante, el caso del Escindido. Como primer viajero errante de los suyos, el hecho de llegar hasta aquí lo postró en un tremendo letargo del que posiblemente no se recuperó en siglos, tal vez milenios. Además de ello, la necesidad de verse

de repente sometido a las leyes de la naturaleza, algo que resultó ser un tremendo golpe para semejante explorador en avanzadilla, lo obligó a esconderse hasta que llegara el momento propicio para resurgir.

Si bien su huella no pasó inadvertida por los pueblos de la zona, sólo existía una cosa que podía devolverle la vitalidad perdida: nosotros. Avances, progresos de índole mecánica, arquitectónica y física lo fortalecían poco a poco, hasta que llegó el siglo XIX y con él pudo empezar a urdir su estrategia en las sombras. Sospecho que fue por aquel entonces cuando el reloj de mi tío abuelo entró en contacto con su esfera de influencia y dejó en él una especie de huella indeleble que ya no podrá ser eliminada y que de hecho se había vuelto uno con mi propio ser.

Confieso que por aquel entonces fui un ingenuo, un pobre títere, ignorante aún de su condición, porque en mi orgullo e incredulidad creía estar rebelándome contra lo que me había sumido en aquella horrorosa condición de errabundo onírico y que estaba dominando la situación que pensaba poder doblegarme. En mi estupidez supuse que estaba en mi mano impedir el desarrollo de esta maquiavélica amenaza que se cernía sobre nosotros. No fue hasta mucho más tarde que encontré —por mediación de alguien que pasará a mencionar en breve— la última pieza del puzzle: la monstruosa, aberrante e insondable página web sessenkrad.com, obra maestra de las incursiones de estos seres en nuestro mundo, pacto reali-